

ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN VENEZUELA

ANNEL MEJÍAS GUIZA Y CARMEN TERESA GARCÍA

(EDITORAS)

TOMO II



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA
RED DE ANTROPOLOGÍAS DEL SUR

Annel Mejías Guiza y Carmen Teresa García

Antropologías bechas en Venezuela / Annel Mejías Guiza y Carmen Teresa García
(Editoras);

Antropologías bechas en Venezuela. Tomo 2 / Quintero, Rodolfo, Brito Figueroa, Federico, Coronil, Fernando...
[et al.]; editado por Carmen Teresa García y Annel Mejías Guiza. Mérida: Asociación Latinoamericana de
Antropología, Red de Antropologías del Sur.

1. LA CULTURA DEL PETRÓLEO COMO CULTURA DE CONQUISTA. 2. ANTROPOLOGÍA POLITICA.
3. RELIGIOSIDADES, IDENTIDADES Y SISTEMAS MÉDICOS. 4. ANTROPOLOGÍA DEL PARENTESCO.
5. ANTROPOLOGÍA SOBRE LAS COMUNIDADES NEGRAS. 6. ANTROPOLOGÍA DE LA MÚSICA.
7. ANTROPOLOGÍA SEMIÓTICA. 8. ANTROPOLOGÍA DE LA ALIMENTACIÓN. 9. ANTROPOLOGÍA DE LOS
DESASTRES.

1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología /
Red de Antropologías del Sur. 2021
759p.; tablas.; gráficos; mapas.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY:
Depósito Legal: ME202000196
ISBN: 978-980-18-1453-5

Libro de distribución gratuita con fines pedagógicos y educativos.
Hecho en Venezuela

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2021
© Annel Mejías Guiza y Carmen Teresa García (Compiladoras), 2021

1era Edición, 2021
© Asociación Latinoamericana de Antropología
© Red de Antropologías del Sur

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca
Fotografía de portada: Domingo Briceño. La Reina, Yaracuy, Venezuela.
Diagramación: José Gregorio Vásquez C.
Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

El libro *Antropologías bechas en Venezuela. Tomo 1* por
[Asociación Latinoamericana de Antropología, Red de Antropologías del Sur](#)
se distribuye bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](#).
Basada en una obra en <https://www.asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/>.
Permisos más allá del alcance de esta licencia pueden estar disponibles en
<https://www.asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/>.



Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2021

Contenido

Agradecimientos	13
La cultura del petróleo como cultura de conquista	
La cultura del petróleo: ensayo sobre estilos de vida de grupos sociales de Venezuela RODOLFO QUINTERO	17
Latifundio venezolano en las primeras décadas del siglo XX FEDERICO BRITO FIGUEROA	57
Los dos cuerpos de la nación FERNANDO CORONIL	77
Indígenas y empresa petrolera a principios del siglo XX: origen de una disputa JOHNNY ALARCÓN	129
Cabimas. Narrativas sociales de una marginalidad confusa: <i>clamor</i> y resistencia de un municipio petrolero de Venezuela OLESKI MIRANDA NAVARRO	147
Contribución de estudiosos/as venezolanos/as al pensamiento antropológico de la vivienda urbana FRANCISCO HERNÁNDEZ	159
Recorridos por lo urbano. Anotaciones sobre una experiencia investigativa: ciudad, territorios populares y espacio público TERESA ONTIVEROS	173

Antropología política

- Lenguaje y discurso. Cómo reconciliar las identidades políticas y culturales en América Latina 195
NELSON ACOSTA ESPINOZA
- Fiestas de Estado y regímenes políticos en Venezuela o la fiesta de Estado como instrumento político 211
ALEXÁNDER MANSUTTI Y ERIK LARES
- Desaparecidos: el rescate de los asesinatos políticos de los años sesenta en Venezuela (Notas de arqueología forense) 225
PEDRO PABLO LINÁREZ E IRAKARA CASTILLO
- El satanismo en Mérida 259
OSWALDO JIMÉNEZ
- Afrodescendientes de la costa central venezolana: aproximación a la etnografía política del clientelismo 291
YARA ALTEZ
- Nuevos ensamblajes político-territoriales: los consejos comunales indígenas ayamán en Moroturo, estado Lara 311
KRISNA RUETTE-ORIHUELA

Religiosidades, identidades y sistemas médicos

- Las religiones paganas del Caribe 335
MICHAELLE ASCENCIO
- Perspectiva histórica del mito y culto a María Lionza 347
DEISY BARRETO
- Cuerpos tiernos y abiertos: embarazo y parto entre las mujeres campesinas de Mucuchíes 369
BELKIS ROJAS
- Fiesta, simbolización del espacio y construcción de identidades en la ciudad de Maracaibo: la Fiesta de la Purísima del Barrio Negro Primero 383
CARLOS VALBUENA

El culto a Hugo Chávez en Venezuela: ¿santo, ser vergatario o muerto poderoso?	401
LUIS ALONSO HERNÁNDEZ	

Antropología del parentesco

El cartodiagrama de parentesco: una herramienta de investigación para la integración del conocimiento antropológico	421
JACQUELINE VÍLCHEZ	
Parentesco y clase/color en Venezuela en Iberoamérica: teoría y método	441
RAFAEL LÓPEZ-SANZ	
Matrisocialidad y la problemática estructural de la familia venezolana	449
SAMUEL HURTADO	

Antropología sobre las comunidades negras

Comunidades afrovenezolanas del sur del Lago de Maracaibo	467
JACQUELINE CLARAC DE BRICEÑO	
Así nació San Benito	487
MICHAELLE ASCENCIO	
Música y veneración de antepasados en el ritual del Chimbángueles	509
ERNESTO MORA QUEIPO, JEAN GONZÁLEZ QUEIPO Y DIANORA DE MORA	
Mecanismos de inserción sociopolítica en Curiepe, Estado Miranda, Venezuela	537
MEYBY UGUETO-PONCE	

Antropología de la música

Etnomusicología en Venezuela: desarrollo histórico y retos emergentes	557
KATRIN LENGWINAT	
Las posadas del Niño Jesús como estrategia de evangelización	575
ROSA IRAIMA SULBARÁN	

El cantador elorzano y la música llanera 593
CARLOS CAMACHO ACOSTA

El joropo llanero en Venezuela. Tradición teórica 617
y desafío metodológico: de los orígenes a las formas
MANUEL DÍAZ

Antropología semiótica

Eventos y actantes en un relato guajiro 637
LOURDES MOLERO DE CABEZAS

Antropo-semiótica del cambio ritual: de los viejos a los nuevos ritos 657
JOSÉ E. FINOL

Antropología de la alimentación

Alteridades alimentarias. Dietas indígenas y españolas 679
al comienzo de la conquista de Tierra Firme: rechazos y aceptaciones
EMANUEL AMODIO

El gusto por la dulzura: el consumo de azúcar y papelón 717
en Venezuela durante las épocas colonial y republicana
LUIS MOLINA

Antropología de los desastres

La perspectiva histórica en la antropología de los desastres: 737
el caso de América Latina
ROGELIO ALTEZ

LA CULTURA DEL PETRÓLEO

• ANTROPOLOGÍAS HECHAS **COMO CULTURA DE CONQUISTA**
HECHAS EN VENEZUELA • ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN VENEZUELA • ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN VENEZUELA

La cultura del petróleo: ensayo sobre estilos de vida de grupos sociales de Venezuela¹

RODOLFO QUINTERO²

-
- 1 Original tomado de: *Quintero, Rodolfo. [1968] 2018. "Capítulo I. Descripción de una cultura de conquista", "Capítulo II. Estudio del campo petrolero", "Capítulo III. La 'ciudad petróleo'". En: Rodolfo Quintero, La cultura del petróleo. Ensayo sobre estilos de vida de grupos sociales de Venezuela, pp. 19-70. Caracas: Biblioteca Juan Pablo Pérez Alfonso, Fundación Editorial El perro y la rana.*
 - 2 Rodolfo Quintero (Maracaibo, 1909 - Caracas, 1985) fue un antropólogo e historiador exponente de la antropología marxista en Venezuela. Participó en la Semana del Estudiante en 1928, por lo que fue encarcelado y ahí entra en contacto con las ideas del marxismo-leninismo. En 1931 participó en la organización de las primeras células clandestinas del Partido Comunista en Venezuela (PCV) y fundó ese mismo año la Sociedad Obrera de Mutuo Auxilio de los Trabajadores Petroleros de Cabimas (SOMAP), una de las primeras organizaciones sindicales de la industria petrolera venezolana. Figuró como uno de los principales dirigentes de la huelga petrolera (diciembre 1936 - enero 1937), por lo que es expulsado del país en 1937. De regreso a Venezuela, comenzó su carrera como columnista y fundó el Partido Unión Popular Venezolana (1944), del cual fue su presidente, y el Partido Comunista Venezolano Unitario (1946). Expulsado nuevamente del país tras el derrocamiento de Rómulo Gallegos, en 1949 se radicó en México donde estudió antropología en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1958, cuando cae la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, retornó a Venezuela e ingresó como profesor en la Universidad Central de Venezuela, donde obtuvo el doctorado en Ciencias Antropológicas y da clases en las escuelas de Sociología y Antropología, Trabajo Social e Historia. Fue presidente del Colegio de Sociólogos y Antropólogos de Venezuela. Participó en la fundación de la Central Unitaria de Trabajadores de Venezuela (1963). Entre su obra encontramos: *La huelga petrolera* (1937, Tipografía Goenaga), *Lecciones de sociología del trabajo* (1961, UCV), *Universidad y política* (1962, UCV), *Elementos para una sociología del trabajo* (1963, UCV), *Antropología de las ciudades latinoamericanas* (1964, UCV), *El hombre y la guerra: estudio antropológico* (1965, UCV), *Sindicalismo y cambio social en Venezuela* (1966, UCV), *La cultura del petróleo. Ensayo sobre estilos de vida de grupos sociales de Venezuela* (1968, 1975, 2018), *Interviene la CIA en las investigaciones sociológicas que se realizan en Venezuela* (1968, ed. Teoría y Praxis), *Caminos para nuestros pueblos* (1969, UCV), *Prueba de la encuesta obrera de Marx entre trabajadores de Caracas* (1969, UCV), *Clase obrera y revolución* (1970, Vilorio y Cruz Edit.), *La burocracia sindical en Venezuela* (1971, Teoría y Praxis), *Antropología del petróleo* (1972, Siglo XXI), *Mariátegui y nuestra cultura: aportaciones al gran Amauta del Perú* (1973, UCV), *Los estudiantes: un ensayo antropológico-social sobre los estudiantes universitarios de Venezuela* (1974, UCV), *La dependencia en Venezuela* (1975, UCV), *Para desarrollar la ciencia y tecnología nacionales* (1978, UCV), *Petróleo y*

Descripción de una cultura de conquista

Desde hace cincuenta años hay en Venezuela una cultura del petróleo; un patrón de vida con estructura y mecanismos de defensa propios, con modalidades y efectos sociales y psicológicos definidos, que deteriora las culturas “criollas” y se manifiesta en actividades, invenciones, instrumentos, equipo material y factores no materiales como lengua, arte, ciencia, etc.

Una cultura que alcanza áreas de dimensiones que varían de una región a otra, de una clase social a otra clase social. Un estilo de vida definido por rasgos particulares, nacido en un contexto bien definido: la explotación de la riqueza petrolífera nacional por empresas monopolistas extranjeras.

Comprende partes correlacionadas e integradas; segmentos tecnológicos y sociales ajustados unos a otros. Descansa como un todo sobre una tecnología propia y crea organizaciones típicas para la mejor realización de actividades básicas, de condiciones causales que no radican en la simple interacción entre individuo y sociedad, sino que las determina un modo de producción.

Entre los rasgos del estilo de vida propio de la cultura del petróleo predomina el sentido de dependencia y marginalidad. Los más “transculturados” llegan a sentirse extranjeros en su país, tienden a imitar lo extraño y subestimar lo nacional. Piensan a la manera “petrolera” y para comunicarse con los demás manejan el “vocabulario del petróleo”.

La cultura del petróleo es una cultura de conquista que establece normas y crea una nueva filosofía de la vida para adecuar una sociedad a la necesidad de mantenerla en las condiciones de fuente productora de materias primas. Expresión de la cultura del petróleo en el territorio venezolano son las construcciones verticales y los edificios de apartamentos, aunque no sean necesarios, porque hay terreno suficiente. Pero imitan a los rascacielos.

Antes de fijarse y extenderse la cultura del petróleo, llegaba a nuestros puertos en cantidades reducidas materiales de construcción provenientes de Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda, etcétera, necesarios para la fabricación de viviendas sencillas: las viejas casas de nuestro país. Después, grandes barcos con bandera de Estados Unidos descargaron toneladas de hierro y cemento fundamentalmente. Comenzó una nueva era de la construcción; la superposición de los valores verticales a los horizontales.

nuestra sociedad (1978, UCV), *La vida y las luchas del revolucionario venezolano, Daniel de León, el padre del sindicalismo norteamericano* (1979, UCV), *Hacia el renacimiento obrero en Venezuela* (1980, UCV).

Construcciones que afectaron las relaciones interpersonales al remodelar los valores afectivos. Los vecinos dejan de compartir dolores y alegrías. Desapareció la residencia de tipo patriarcal para convertirse violentamente en “hogar” propios de grandes ciudades. Las personas tuvieron que adaptarse a la nueva forma de vivienda impuesta por la cultura del petróleo y cambiar sus costumbres.

Las culturas feudales de España impusieron a los criollos una manera de vestir contraria a las condiciones climáticas. Más adelante predominó la indumentaria inglesa y en cierta medida la francesa: ropa de corte sobre medida, corbata y cuello, preferencia del traje completo y obscuro, chaleco y sombrero de fieltro o de paja.

Los portadores de la cultura del petróleo actuaron según patrones de la producción en serie y provocaron cambios en la indumentaria. Habituaron a los venezolanos a la ropa de “media confección” producida industrialmente y distribuida por cadenas poderosas de tiendas. El vestirse de forma descuidada se convierte en signo de elegancia. La corbata es abolida y esto facilita la introducción de “chaquetas” y “blusones” importados.

Junto con las transformaciones de la vivienda y la indumentaria, cambian las formas de alimentarse. El acto de comer se libera del rígido ceremonial impuesto por los europeos. Se inicia la época de los alimentos que pueden ingerirse a prisa, en cualquier parte, sin cumplimientos; de las “comidas americanas”, frías, livianas, de rápida preparación. Se imponen los emparedados, las salchichas, los refrescos embotellados que se comen y se beben de pie.

Los enlatados y otros productos de los *trusts* internacionales de conservas. La penetración en la cultura nacional de elementos materiales de la cultura del petróleo: viviendas, alimentos, vestidos, es complementada por un conjunto de técnicas de propaganda del nuevo estilo de vida para crear en la población criolla hábitos que ayuden al desenvolvimiento de los mercados, necesarios para que los monopolistas extranjeros den salida a la producción de sus empresas.

Tratan de hacer de los venezolanos personas dispuestas obstinadamente animadas del deseo de comprar. De comprarlo todo y pronto, sin importarles las condiciones. Porque comprando consiguen la felicidad, el confort que brindan los refrigeradores, los aparatos eléctricos de cocina, el automóvil, los televisores, etc. Para formar compradores insaciables remodelan la mentalidad de los habitantes de Venezuela, dirigen su lectura, los interesan en la comodidad, les enseñan a vivir la ficción creándoles nuevos estados emocionales, mecanizándolos. Haciendo que todo lo conozcan a medias, sin esfuerzos, sin reflexionar.

Procuran convencerlos de que la idea del confort es inseparable del ejército y la defensa de la “libertad” individual. Entendida esta en el sentido de mantener la libre

concurrancia contra cualquier regulación del Estado en la dinámica económica; de enajenar lo nacional y aceptar formas de vida extrañas; de ser pobres, leer y comentar las publicaciones de una prensa reglamentada. De no ejercer la libertad de tomar conciencia nacionalista y preocuparse por el destino histórico del país; de abstenerse de perfeccionar su propio estilo de vida y dejar de luchar por el desarrollo de la sociedad.

En función del mito de la “libertad” individual se asegura el control del grupo social mediante técnicas indirectas que lo convierten en instrumento de la cultura del petróleo, que se deja conducir y actúa convencido de que es absolutamente “libre”. Y para mantener esta condición defiende de manera entusiasta cuanto viene del extranjero.

Gracias a estos mecanismos aparecen nuevas maneras de pensar y actuar los componentes de la sociedad venezolana. Por medio de las técnicas importadas, los transportes y el comercio, se envuelven en una red de relaciones complejas que les crean cargas pesadas de miseria física y moral. La cultura del petróleo no se subordina a las necesidades de nuestros grupos humanos, sino que estos son sometidos por aquella.

La del petróleo no cumple las funciones atribuidas por Benedetto Croce a las culturas históricas que

[...] tienen por fin conservar viva la conciencia que la sociedad humana tiene del propio pasado, es decir, de sí misma; de suministrarle lo que necesite para el camino que ha de escoger: de tener dispuesto cuanto por esta parte pueda servirle en el porvenir. En este alto valor normal y político de la cultura histórica se funda el celo de promoverla y acrecentarla y, justamente, el vituperio que se inflige con severidad a quien la deprime, desvía o corrompe (Croce 1941: 223).

Los portadores de la cultura del petróleo elaboran y aplican buena parte de las formas de conducta de los venezolanos. Conducta impuesta primero y después aprendida. Sus maneras de pensar, esperar y temer son producto de una cultura extraña que construye en nuestro país un mapa de comportamientos, distintos de los tradicionales. Que contiene maneras de proceder para los niños, los adolescentes, los adultos; para el hombre y la mujer, para el rico y el pobre, para el domesticado y para el rebelde, para el colonizado y para el colonizador. A los que deben ajustarse.

Provocan un cambio que pone en entredicho la identidad y la libertad de nuestro pueblo, su capacidad de poseerse a sí mismo. De ahí el estado de ansiedad en que se mantiene, las tensiones emocionantes y espirituales que revelan inseguridad.

Algunos llegan a repudiar esta identidad cultural. Se marginan y hacen esfuerzos, luchan por afirmarse en su verdadera historia. Este es un fenómeno frecuente: un rasgo del subdesarrollo; un efecto psicológico de la política de conquista.

El objetivo de la antropología es buscar, y encontrar, soluciones a las pugnas de los procesos opuestos que aparecen en la dinámica de las organizaciones sociales. Una corriente de estudiosos considera que las agrupaciones de primitivos contemporáneos reflejan la situación original de la humanidad. Elaboran y defienden la teoría del *estado de naturaleza* y concluyen diciendo que las sociedades civilizadas expresan movimientos de regresión del sistema de vida idílico.

A esa concepción regresiva se opone la de *evolución cultural*, o concepción del progreso como sucesión de etapas de desarrollo. A su vez, frente a este enfoque evolucionista, surge el concepto de *difusión cultural*, que acentúa el efecto del préstamo cultural y de los factores externos. Por su parte, antropólogos norteamericanos principalmente manejan el concepto *asimilación* cuando se ocupan de los problemas que crean densos y heterogéneos sectores de inmigrantes, y sus ajustes al ambiente de Estados Unidos. Se refieren al contacto de individuos o pequeños grupos con una gran masa cultural.

La cuestión de las relaciones de Gran Bretaña con sus colonias sirvió de base a la *escuela funcional*. Para los funcionalistas británicos lo más importante es el estudio integral de las culturas que entran en contacto y el mecanismo por el cual se unen las instituciones y se fortalecen unas a otras como partes de una unidad cultural.

Fueron también norteamericanos los forjadores del término *aculturation*, con este significado: “[...] comprende aquellos fenómenos que resultan cuando grupos de individuos de culturas diferentes entran en contacto, continuo y de primera mano, con cambios subsecuentes en los patrones culturales originales de uno o de ambos grupos” (Redfield 1936). El término traducido a nuestra lengua –*aculturation*– es utilizado por buen número de antropólogos latinoamericanos. Para nosotros el vocablo *transculturación* es mejor; lo propuso el cubano Fernando Ortiz para referirse a los intercambios culturales y las fusiones de elementos de culturas diferentes en contacto.

Las culturas son obra de los hombres en los procesos de sus actividades prácticas, históricas y sociales. Las integran bienes y valores materiales y no materiales que expresaban grados de dominio de aquellos sobre las fuerzas espontáneas de la naturaleza y de la sociedad, determinados por el modo de producción. Toda cultura material forma parte de las fuerzas productivas de una sociedad; la no material está compuesta por fenómenos de la superestructura. Ambas cambian

al destruirse su vieja base y la correspondiente superestructura. El sistema de relaciones de los hombres es establecido por la manera de vivir, y esta se vincula con las condiciones de la vida material. Por eso aquel se transforma al operarse modificaciones en el modo de producción.

Los cambios de la producción tienen su origen en los cambios de las fuerzas productivas. En función de estos se modifican las relaciones de producción entre los hombres, es decir, sus relaciones económicas. Esto no significa que las relaciones de producción dejan de influir sobre el desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario, una vez creadas actúan sobre estas y aceleran o retardan su desarrollo.

El progreso de una sociedad depende, por una parte, del desarrollo de las fuerzas productivas y, por otra, de la acción de los hombres en los procesos de cambio social. Por eso, la supuesta oposición y exclusión mutua de lo cultural y lo social es un planteamiento que carece de base teórica y resulta insostenible en la práctica.

Vinculado íntimamente con el fenómeno progreso funciona el concepto *transculturación*. Porque las culturas receptoras deben enriquecerse en lo material y en lo no material con los elementos de la cultura difusora o dominante. Y, a su vez, esta utiliza lo positivo de aquella y opone resistencia a lo negativo. La transculturación es un conjunto de procesos en el transcurso de los cuales surgen conflictos entre elementos opuestos de culturas que tienden a excluirse mutuamente, pero al mismo tiempo tienden a identificarse.

Los procesos que conducen a la identificación pueden desenvolverse siguiendo tres direcciones: aceptación, reacción y adaptación. En esta última se manifiestan los niveles de transculturación alcanzados por las culturas en contacto. El encuentro de culturas provocado por actos de conquista da lugar a mecanismos diferentes: el grupo conquistado se deteriora económica, política y culturalmente. Y se construye un orden social apropiado para los objetivos de la conquista.

Las diferencias entre las técnicas avanzadas de los conquistadores y las de los conquistados facilita la construcción de un nuevo orden social. Las naciones mejor preparadas en el conocimiento y el uso de las técnicas científicas naturales dominan a las demás. Porque estas se imponen a la técnica mágica y cotidiana, y los grupos que las manejan controlan los otros. Colonialistas modernos conocedores de las técnicas avanzadas de la explotación petrolera, dominaron en nuestro país a los agricultores de tecnología atrasada.

La tecnoculturación es un aspecto del proceso de transculturación que impulsa el progreso técnico sin asegurar en todos los casos el progreso social. Los adelantos técnicos influyen en el desarrollo de la sociedad según el régimen social imperante.

La historia humana muestra que los avances tecnológicos pueden reflejarse tanto en beneficios como en perjuicios para los grupos donde suceden, conforme a los usos que se les den.

La torre petrolera hoy, como el arado de madera traído por los españoles en el pasado, simboliza transformaciones de la cultura material de los venezolanos. Ahora, como entonces, la utilización del progreso técnico como instrumento de conquista, lejos de impulsar el progreso social, lo detiene y lo deforma. Expresión de la deformación es la coexistencia en la Venezuela actual de tres estilos de vida yuxtapuestos: el petrolero, el urbano y el rural. Que conforman el complejo estilo de vida de buena parte de la población, sin trasfondo social y desarraigado en el ambiente nacional.

La penetración de rasgos de la cultura del petróleo altera el equilibrio ecológico de las regiones, y esto repercute en la vida social de sus pobladores: áreas de cultura pierden su carácter tradicional. Los campamentos petroleros han modificado la vida en el oriente y en el occidente de Venezuela. Y su desaparición, que presenciamos, provoca nuevos tipos de cambios regionales y nacionales. Tan significativos que la historia contemporánea del país comprende dos grandes épocas: 1) la prepetrolera; 2) la de la cultura del petróleo.

El paso de una época a otra se aprecia mejor cuando se estudian los procesos de formación y desarrollo de dos importantes bases sociales de la cultura del petróleo productos de esta, donde millares de venezolanos satisfacen sus necesidades de manera impuesta por los colonizadores: 1) el campo petrolero; 2) la “ciudad petróleo”.

Estudio del campo petrolero

Campesinos pobres del estado Zulia, peones de haciendas e indígenas de la Goajira fueron los primeros pobladores de los campos petroleros de Venezuela. Participaron de forma violenta en un proceso de cambio de mayor complejidad que la adaptación de los hombres rurales a las condiciones de la vida urbana.

Porque el campo petrolero tiene rasgos propios, diferenciados de los que caracterizan a los centros urbanizados, que aparecen y se desenvuelven en un sistema socioeconómico que solo en parte existe en un ambiente de cultura nacional, cuya estructura se relaciona con entidades sociales que tienen otras culturas y constituyen comunidades de personas que desarrollan actividades específicas.

Hay en la comunidad del campo petrolero sectores sociales diferenciados unos de los otros por la manera de vivir; algunos son parte de la cultura nacional o de subculturas regionales. Formalmente el campo petrolero no se identifica con la organización y la autoridad político-administrativa de la región donde está enclavado (estado, distrito, municipio, caserío), pero se interinfluencian. En su dinámica, elementos opuestos de culturas en contacto luchan entre sí y al mismo tiempo tienden a interpenetrarse.

Los individuos pertenecen al campo petrolero y son controlados por las normas de este. Se les crean modos de participar y creencias que contribuyan al orden y la estabilidad del campo: donde el poder de los que mandan tiene expresión en actitudes generales y formas de ejercer la autoridad. Por eso, en un sentido general, la comunidad del campo petrolero puede ser considerada como una institución. Una institución colonialista.

Económica y política, porque asegura la acción colectiva de sus miembros sobre la base de la autoridad de una empresa poderosa manejada desde la metrópolis, con reglamentos y sanciones para conseguir mayor productividad mediante el esfuerzo de todos, organizada para que el trabajo humano rinda bastante.

Que destruye normas culturales precedentes e impone dictados que provocan conflictos con las definiciones culturales de los pueblos que influencia. El campo petrolero es un instrumento de los capitalistas extranjeros para crear y mantener una estructura de clases, de explotadores y explotados; una armazón sostenida jerárquicamente por jefes y administradores.

Es un centro con actividad que perturba la vida de los grupos que integran sociedades regionales vecinas. Que por su tendencia a la acumulación de capitales, tierra y fuerza de trabajo, por su funcionamiento, atrofia los sectores económicos débiles, de comerciantes y pequeños propietarios, que terminan dependiendo del campo petrolero y formando reservas de mano de obra para las operaciones de las compañías.

En los primeros tiempos, las posibilidades vitales de los pobladores de los campos petroleros son semejantes. Todos comparten los mismos riesgos. Por no existir medios que aseguren el alivio de los males individuales mediante vínculos con los empleadores, cada trabajador encuentra seguridad uniéndose a los que están en sus mismas condiciones. En conjunto crean una subcultura homogénea que hace reaccionar a las personas de forma similar ante símbolos iguales. Y esta homogeneidad cultural facilita la aparición y el desarrollo de una conciencia de clase que tiene expresión en comportamientos contrapuestos a las normas del grupo que dirige y administra el campo. Y, por extensión, de los que ocupan posiciones de poder y riqueza en la sociedad regional y en la nacional.

La adaptación al estilo de vida de los campos petroleros registra constantes búsquedas de un equilibrio entre las nuevas formas culturales y la herencia de otras formas. La hostilidad de los jefes extranjeros hace que los *criollos* reduzcan los riesgos y se defiendan reteniendo cierta identidad cultural. Fortaleciendo la cohesión del grupo frente al ambiente.

Las dificultades para alojarse, la obligación de trabajar alejados de familiares y amigos, las limitaciones de la libertad, tener que recibir órdenes transmitidas con una terminología desconocida, lo impersonal de las relaciones, etcétera, complican los procesos de adaptación. Crean situaciones conflictivas a los recién llegados con el deseo de ahorrar dinero para regresar ricos a las aldeas de origen, y el prestigio de quien ha viajado y conocido formas de vida no tradicionales.

Los pobladores de los campos petroleros llegan desde diferentes regiones del país. En su mayoría son jóvenes en buen número, se sienten liberados del trabajo de la agricultura que practicaban de sol a sol, de las monótonas y peligrosas operaciones de la pesca. Por duro que sea, el trabajo en la industria petrolera les resulta mejor, porque al terminar la jornada de cada día saben cuánto han ganado. Y pueden vivir sin depender de la incertidumbre de la cosecha, ni de las posibilidades y las contraposibilidades de éxito cuando se echa el chinchorro al mar.

Tiene el campo petrolero una fisonomía que choca con patrones tradicionales de vida; sus pobladores son afectados por la acción violenta de nuevas relaciones impuestas frente a estas y adoptan actitudes de reserva y de crítica a los procedimientos de los jefes extranjeros y los valores que representan. Son complejos los mecanismos de integración de campesinos, pescadores, artesanos, pequeños comerciantes venezolanos, a la comunidad del campo petrolero. La mayoría de esos mecanismos tiene la base en la vinculación de unos habitantes del campo con otros, que no es voluntaria ni consciente durante un largo período. Y se establece en el proceso de la producción.

Pero funciona. Porque afecta a personas que ocupan una misma posición en la organización social de la producción. Y en el conjunto de la población forman un grupo orgánico, objetivamente diferenciado, que cumple un papel definido en la organización del trabajo ya que desempeñan oficios iguales, ganan el mismo salario y gastan de igual forma el dinero que cobran. Constituyen una clase dentro del sistema social de clases del campo petrolero y, por extensión, dentro del sistema de clases de la sociedad regional y de la sociedad nacional.

Instituyen la clase obrera, porque en la organización de la producción del campo petrolero venden fuerza de trabajo y crean plusvalía; trabajan para las compañías y perciben un salario. En los primeros tiempos aportan la fuerza de sus músculos

únicamente, puesto que nada saben de las técnicas propias de la industria petrolera. Después se califican, asumen grandes responsabilidades al manejar herramientas costosas. Pero siguen perteneciendo al mismo grupo social, son obreros.

Las compañías establecen e institucionalizan un sistema de clases en los campos petroleros que genera una conciencia de grupo expresada a través de valores y de acciones. En la primera fase de su desarrollo, la obrera es solo una clase con respecto a otra, por su posición socioeconómica y las relaciones que derivan de esta posición. En una fase superior toma conciencia de sí misma y de sus intereses; se hace un grupo político potencial y actúa como factor de cambio de la sociedad.

En el campo petrolero, las relaciones de producción determinan las relaciones de las clases; constituyen su base. Pero hay, además en la superestructura, sistemas de estratificación social condicionados por un conjunto de valores. Los dos sistemas –el de clases básicas y el de estratificación superestructural– se compenetran. Las estratificaciones se apoyan en las relaciones de clases y llegan a constituir racionalizaciones del orden económico establecido. Existen, entre otras, las que establecen categorías ocupacionales y jerarquías que responden a criterios de diferenciación racial o étnica.

Los *trabajadores criollos* y los nacidos en las indias occidentales, por ejemplo, pertenecen a una misma clase social porque ocupan posiciones semejantes en el proceso de producción. Pero los segundos, cuando comienzan a trabajar, tienen mayor dominio sobre las técnicas de la explotación del petróleo, y hablan el idioma de los jefes; constituyen un estrato social y los criollos otro diferente. Sin embargo, aquellos, por ser negros, son mantenidos a distancia por los jefes blancos, individuos de una misma clase pueden ocupar diferentes posiciones de *status*. En consecuencia, los sistemas de estratificación ocupacional, racial y otros, no expresan la estructura social del campo petrolero, pero pueden considerarse como su apariencia. Es el sistema de clases lo que determina su estructura.

En la industria petrolera de nuestro país, los dueños de los medios de producción no son propiamente los superintendentes, jefes de departamentos, técnicos de alta calificación, que dirigen y administran los campos. Todos ellos se integran en un aparato administrativo-burocrático creado desde la metrópolis por los que efectiva, económicamente, controlan las compañías. Aquellos forman solo una capa de la clase social dominante.

El sistema de clases de los campos petroleros comprende dos clases principales: la de los capitalistas, representada físicamente por la capa señalada, y la clase obrera. Los primeros conflictos interclases tuvieron carácter económico; se planteaban en la dinámica de sus relaciones en el proceso de producción. Para mejorar sus salarios los trabajadores declararon huelgas. La de Mene Grande en 1925, paralizó

la industria en la zona costera del Distrito Bolívar del estado Zulia. Al abandonar el trabajo, más de cinco mil hombres manifestaron que volverían a ocupar sus puestos si las compañías pagaban mejor. Cinco días después, la empresa resolvió pagar siete bolívares diarios en vez de cinco como lo venía haciendo. Y los huelguistas regresaron al trabajo.

La falta de recreación constructiva hace que los pobladores de los campos petroleros visiten con frecuencia los expendios de licores y los centros de prostitución que brotan como hongos en los alrededores. Sitios donde tienen expresión de forma violenta prejuicios raciales, odios de clase, rivalidades ocupacionales. Embrutecidos por el alcohol, explotados y explotadores entran en contacto y tratan sobre cuestiones distintas al trabajo.

Se relacionan de forma que es imposible en el interior del campo petrolero, pues los criollos no pueden llegar hasta las zonas residenciales de los extranjeros, en las cuales viven replegados sobre sí mismos, en guardia, mientras afirman en territorio venezolano estilos de vida propios de sus culturas. En el campo, el extranjero es un productor de órdenes para el criollo. Y este un cumplidor de las mismas. Actuar de otra forma disgusta al *musiú* y puede costar al obrero el despido y hasta su incorporación a la “lista negra” que descarta las posibilidades de trabajo en la industria petrolera. El criollo también vive en guardia; acumula temores y odios.

Los sábados por la noche, principalmente, pobladores del pequeño mundo de los “extranjeros blancos” visitan los centros de diversión donde los criollos forman la mayoría de la clientela. En las mesas de juego y las salas de baile se reduce la distancia social entre el que manda y el que debe obedecer. Se confunden unos con otros, beben, cantan y se emborrachan juntos: consiguen favores fáciles de mujeres de apodos que se relacionan con la actividad petrolera: “La Tubería”, “La Cuatro Válvulas”, “La Cabría”, “La Remolcadora” y otras.

Todo marcha bien hasta que un *musiú* hace alarde de poder y riqueza, o uno de los *nativos*, estimulado por las cervezas consumidas, decide cobrar vejaciones sufridas en los lugares de trabajo. El Hijo de la Noche, El Dragón de Oro, La Media Luna y los demás *cabarets* de las zonas petroleras han sido escenario de escándalos y peleas sangrientas donde participan fornidos margariteños, altos empleados de las compañías y maracuchos hábiles en el manejo de la peinilla.

Maifrends es el remoquete de los negros traídos por las empresas desde las Indias Occidentales. Al llegar a los campos se mantienen alejados de los criollos para cumplir órdenes de los jefes extranjeros, que los desprecian por su piel oscura, pero los prefieren para el trabajo por ser más dóciles que los venezolanos. Estos, que no entienden lo que se dicen en inglés antillano con los jefes blancos,

desconfían de los *maifrends* y no pierden oportunidad para golpear trinitarios y jamaquinos.

Los margariteños³ son los preferidos para las labores que se adelantan en el Lago de Maracaibo; los isleños constituyen, de hecho, un personal especializado en trabajos dentro del agua. Para los que se realizan en tierra resultan más efectivos y rendidores los maracaiberos,⁴ los corianos⁵ y los andinos. En este sentido puede hablarse de una división del trabajo establecida por los empresarios, que se proyecta y da lugar a fricciones en la vida cotidiana de los grupos de trabajadores.

Los del oriente del país viven en barrios donde se grita, entonan canciones marineras y se cree en la Virgen del Valle. Los de la región occidental son silenciosos, forman barrios menos alegres. Y no faltan los conflictos interbarrios. Sembrando en Venezuela, rodeado de grupos de personas desintegradas de la sociedad nacional, el campo petrolero extiende constantemente su influencia. La cultura del petróleo entra en contacto con *subculturas criollas* para ajustarlas a su disciplina. El proceso tiende a convertir el campo petrolero en “metrópolis” de la región, que impone de afuera hacia adentro una conducta. Da lugar a la coexistencia de estilos de vida diferentes: los legítimos o tradicionales que se nutren de adentro hacia afuera, y los artificiales que los hacen de afuera hacia adentro.

La cultura del petróleo presiona a las culturas rurales para que modifiquen su escala de valores, hábitos y pautas. Impone una transformación que provoca ansiedad colectiva y engendra situaciones conflictivas donde juegan sentimientos nacionalistas. Los cambios que suceden en las comunidades criollas son distintos de aquellos que afectan agrupaciones donde aparece y se desenvuelve el fenómeno urbanización. Porque no expresan avances en la ruta del progreso social, ni responden a mecanismos de transculturación propiamente dichos.

El campo petrolero no es una ciudad, tampoco una aldea. Es una plantación industrial, un sistema socioeconómico incrustado en la sociedad nacional como efecto del colonialismo moderno. Un centro de población *sui generis*, una categoría demográfica propia de países dependientes. Muy mecanizado; un medio adecuado para que predominen las relaciones capitalistas. Surge en el territorio venezolano como una organización social extraña, superpuesta, dirigida por hombres de culturas diferenciadas de las culturas y subculturas existentes en el país. Con una producción racionalizada, distinta del modo de producción local. Por la abundancia de petróleo en el subsuelo, Venezuela resulta ser ambiente

3 De la Isla de Margarita, estado Nueva Esparta. N. de las eds.

4 De Maracaibo, capital del estado Zulia. N. de las eds.

5 De Coro, capital del estado Falcón. N. de las eds.

adecuado para el desarrollo de los campos petroleros. Por eso brotan como hongos en Zulia, Falcón, Anzoátegui, Monagas, Guárico, Bolívar.

En su dinámica, abundan conflictos que se agudizan con rapidez y tienen expresión en acciones colectivas de los trabajadores, como reflejo de la conciencia común del grupo, que tiene deseos y aspiraciones comunes. Conciencia común que supera fricciones interregionales e interbarrios y actitudes que entorpecen sus relaciones de integrantes de una misma clase social. Que desencadena luchas espontáneas, aglutina a los explotados en la comunidad del campo petrolero y crea condiciones para que los trabajadores, más adelante, participen en luchas conscientes.

Por su aislamiento, por vivir y trabajar en ambiente propio, los trabajadores petroleros se preocupan y luchan fundamentalmente por sus intereses particulares. Durante años esta actitud es un rasgo del grupo, que sabe poco de lo que sufren y hacen otros grupos de trabajadores en diferentes regiones del país. Su universo es reducido: comprende las hectáreas ocupadas y explotadas por la empresa extranjera donde trabajan. Ignoran su condición de destacamento principal de una clase social embrionaria; no tienen conciencia de su misión histórica. Carecen de una ideología que, derivada de su existencia social, exprese intereses clasistas.

A los campos petroleros llegan venezolanos de todas las regiones del país y muchos extranjeros. Algunos consiguen trabajo en las compañías. Otros fracasan en sus gestiones, pero se quedan en la zona: engrosan las poblaciones de las comunidades vecinas. Son peones de haciendas, artesanos de la provincia, pequeños agricultores, profesionales sin empleo, que tratan de “abrirse camino” como obreros y empleados de las compañías petroleras. Y al no lograrlo deben enfrentarse a un ambiente extraño y hostil, abandonar proyectos forjados en sus lugares de origen y convertirse en mesoneros de restaurantes chinos, sirvientes de comerciantes libaneses, vendedores de helados y empanadas, choferes de carritos por puesto, cargadores de maletas en los muelles, pregoneros del diario *Panorama*, de Maracaibo, y obreros de pequeños talleres de latonería, carpintería o zapatería. Forman parte de una población que, sin prestar servicios en dependencias de las compañías, viven de estas indirectamente.

Los que trabajan en los campos petroleros se surten de alimentos, vestidos, medicinas y lo indispensable en los *negocios* establecidos en las comunidades vecinas. La operación de compra y venta relaciona a los trabajadores con los pobladores de estas, pero no llega a vincularlos íntimamente. Para el personal de las compañías, la población de esas comunidades viven en un “mundo” distinto que no les interesa.

El campo petrolero: sus máquinas, sus hombres, impresiona a los pobladores de las comunidades vecinas; su dinámica complicada se les hace misteriosa, inquietante.

Es algo poderoso que se manifiesta en grandes torres de acero clavadas en la tierra y en el agua, tubos gruesos como robustas serpientes de cobre, flotas de camiones, buques-tanques y, sobre todo, aquellos “demonios rubios” con los bolsillos llenos de moneditas de oro con las que pueden comprar todo y regalar cuando se emborrachan.

Entre los grupos humanos de la periferia se difunden leyendas sobre un complejo urbano montado en los campos petroleros: avenidas anchas, negras y limpias que comunican las oficinas de la empresa con las viviendas y los sitios de recreación particulares de los jefes extranjeros. Entrar y salir por los portones de las compañías da prestigio, porque hacerlo implica vinculaciones con las empresas que dominan en la región. Quienes lo hacen constituyen una élite, un grupo privilegiado.

El progreso de integración y desarrollo de los trabajadores petroleros como grupo social fue violentado por los sucesos desencadenados a raíz de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez. El impacto comienza a transformarlo de grupo social en sí en grupo social para sí. Entre sus componentes surgen dudas sobre la validez de concepciones mantenidas hasta entonces; se manifiesta la tendencia a comentar lo que acontece en el país e interesarse por ideas que antes se rechazaban. Se intenta el análisis de los acontecimientos en función de intereses económicos y sociales. Como parte de una clase social, los trabajadores petroleros empiezan a tomar conciencia de sus propias experiencias y a imprimir a sus acciones colectivas formas políticas de la lucha de clases.

Lo espontáneo va dejando de ser lo determinante de los movimientos en los cuales participan, es sustituido por objetivos conscientemente planteados y producidos por el conocimiento de la contradicción entre el régimen social del campo petrolero y sus intereses de trabajadores, por la comprensión de que la defensa de estos los une con las demás capas de la clase obrera de Venezuela y con el proletariado del mundo. En 1936 los trabajadores petroleros viven el momento más interesante de su desarrollo como destacamento de una clase social: el paso de las formas económicas de lucha a las formas políticas.

Al *gomecismo* lo sobreviven fuerzas e instituciones que le sirvieron de base económica: los monopolios extranjeros y principalmente las compañías petroleras. Por eso las acciones de las masas populares se inician signadas de nacionalismo. El estado Zulia, fortaleza de los colonialistas del siglo XX, sirve de escenario a grandes combates por la democracia y la independencia económica.

La participación en las luchas contra los explotadores extranjeros revela a los trabajadores petroleros su fuerza como grupo social. Asimilan las nuevas experiencias y comprenden que otros grupos en el país tienen necesidades semejantes a las de ellos y es conveniente sumar esfuerzos. Cuando analizan

políticamente sus relaciones económicas con los patronos extranjeros, estas se reflejan de manera directa. De ahí que se formen conceptos de carácter ideológico que definen los objetivos de la lucha, los programas y las tareas que se les plantean. Y en torno a estos conceptos el grupo se cohesiona y fortalece.

Una vez incorporados al frente nacional que se propone la realización de cambios sociales cuantitativos y cualitativos, los trabajadores petroleros participan en combativas movilizaciones de masas. La más importante es la huelga general de junio de 1936, declarada para impedir la aprobación en el Parlamento de una ley fascista denominada de Orden Público.

Finalizando el mismo año, los sindicatos petroleros presentan un pliego de peticiones: reconocimiento de las organizaciones representativas de los trabajadores de la industria; libre tráfico por las carreteras y los caminos construidos por las compañías; eliminación de las alambradas que aíslan los campos petroleros; más y mejores viviendas para los obreros y los empleados; aumentos de salarios; otras reivindicaciones económicas. Un pliego donde figuran justamente combinados las aspiraciones económicas específicas y algunos objetivos nacionalistas. Las compañías se niegan a discutir con los representantes de los sindicatos y estos, después de dar cumplimiento a lo dispuesto en la legislación laboral vigente, acuerdan una huelga cuya efectividad llegó a estimarse en un 75%.

Las poblaciones vecinas de los campos petroleros se solidarizan con los huelguistas. También los trabajadores de todo el país representados en el Primer Congreso Sindical Nacional reunido en Caracas, los partidos políticos progresistas, las asociaciones estudiantiles. La huelga se mantiene cuarenta días y es suspendida por un decreto ejecutivo producido en Miraflores por el presidente [Eleazar] López Contreras, que es un documento autocrático, antiobrero y antinacional. La resolución gubernamental, publicada en la Gaceta Oficial, es acompañada por diversas medidas policiales y expulsiones del país de los más destacados participantes en la lucha contra las compañías y los líderes de las organizaciones políticas populares. Los jefes de las petroleras colaboran suministrando listas de “agitadores” para extrañarlos del estado Zulia.

El decreto de López Contreras, de carácter legal, muestra a los trabajadores petroleros que, entre el gobierno y las empresas extranjeras, existen no solo relaciones políticas, sino también relaciones jurídicas que expresan vínculos materiales y económicos. Aprenden en la práctica que los colonialistas y las clases dominantes se sirven de las leyes para regular las relaciones de los venezolanos entre sí, de la forma que más conviene a los monopolios extranjeros. En los años 1937 y 1938 se abren nuevos campos petroleros en el oriente de Venezuela. Nueve mil trabajadores se concentran en los estados Anzoátegui y Monagas; el modesto caserío de El Tigre se convierte en centro comercial floreciente. Maturín

crece a velocidad que sorprende y Puerto la Cruz cuadruplica su población en el transcurso de tres años.

Buen número de los trabajadores petroleros de la zona oriental son veteranos llegados desde el estado Zulia, que saben organizar sindicatos y dirigir huelgas. Algunos de ellos son militantes del partido revolucionario de la clase obrera. Entre los jefes extranjeros de los nuevos campos hay también participantes en las luchas habidas en los campos de occidente, que saben obstaculizar la formación de sindicatos, perseguir a los dirigentes más capaces y abnegados. Por eso la sindicalización en Anzoátegui y Monagas es una tarea más difícil que la de Cabimas y Lagunillas; su realización reclama firmeza y abnegación.

La historia de la constitución y la legalización del Sindicato de Trabajadores Petroleros de El Tigre, por ejemplo, está llena de maniobras y agresiones de las empresas y de actos combativos de los trabajadores. El movimiento petrolero de la zona oriental surge y se desenvuelve vinculado con el movimiento petrolero de occidente; en muchos aspectos es la reproducción, mejorada, de este, que es el gran surtidor de cuadros de todo el país. En los congresos nacionales de la industria se aprecia el alto nivel de conciencia de clase de los asistentes y un sentimiento de unidad proletaria.

Organizados y unidos los encuentra el bombardeo de Pearl Harbor, que trae la guerra a nuestro continente. El presidente [Isaías] Medina Angarita garantiza la existencia y el funcionamiento de los sindicatos en escala nacional, y en 1943 la Unión Sindical Petrolera [UPS] convoca y realiza un importante congreso industrial.

Hitler se propone impedir la salida del petróleo de nuestro país hacia los frentes de las potencias aliadas. Submarinos nazis torpedean las refinerías de Curazao y Aruba. Marineros petroleros venezolanos pierden la vida y la UPS reclama del gobierno medidas de urgencia y seguridad para los compañeros dedicados a la transportación del codiciado combustible.

Las compañías, presionadas por los trabajadores organizados y las masas populares, aumentan en un 20%, con mínimo de setenta bolívares mensuales, el sueldo de los que viajan entre puertos del Lago de Maracaibo y Las Piedras. El 20%, con mínimo de cien bolívares, a quienes lo hacen entre Maracaibo, Curazao, Aruba y puertos de Venezuela fuera del Golfo. Los aumentos son aplicados en el curso de los viajes de Maracaibo a los campos petroleros y puertos de desembarque, deduciendo únicamente las paradas mayores de veinticuatro horas. En aquel momento, los trabajadores petroleros son la vanguardia del pueblo de Venezuela. El sector más consciente de la clase obrera nacional y parte importante del frente sindical latinoamericano. Son temidos por las compañías extranjeras que ocurren a recursos diversos para restarles poder.

Los colonialistas ensayan formas nuevas de relaciones con el personal criollo, echan las bases económicas y sociales para el desarrollo de una *aristocracia obrera* que divida el frente clasista de los trabajadores. Para lograrlo cuentan con las fabulosas ganancias que proporciona la explotación del petróleo nacional, que permiten remunerar de forma *especial* buen número de trabajadores seleccionados. Sus bases sociales son creadas por el estilo de vida de estos, muy superior al del trabajador común.

Los planes de *aristocratización* tienen éxito en algunas capas de los trabajadores petroleros. Mas no consiguen formar una aristocracia obrera semejante a la que existe en los países de gran desarrollo; en su lugar surgen los “empleados de confianza” vinculados con la burocracia estatal. La industria petrolera es ambiente abonado para el florecimiento de la burocracia obrera; burócratas son los directivos de los sindicatos adictos al gobierno y las compañías. Hombres marginados del proceso de la producción del petróleo (porque nunca se ligaron a ella) o lo estuvieron hace muchos años, que ahora “representan” a los trabajadores y, en su nombre, firman contratos antisindicales con las empresas.

La burocracia sindical forma una tupida red de hombres parásitos, sin escrúpulos, que envuelven organismos y personas, maniobran y corrompen, que hacen esfuerzos por destruir la conjugación del amor a la patria con el odio a los colonizadores e impedir que las luchas de los trabajadores se perfilen como acciones de liberación nacional. Las compañías, con la colaboración de los burócratas, amarran a los obreros con la firma del primer contrato de trabajo en la industria el año 1946, y aseguran la “paz laboral” durante tres años.

Creada esta situación descartan cualquier oposición por parte de obreros y empleados, porque el contrato nada garantiza en materia de estabilidad, y en cambio congela los salarios mientras el costo de la vida sube verticalmente. La contratación hace posible que las compañías monten sistemas de trabajo sin provocar conflictos. Hace que los trabajadores produzcan más, de acuerdo con las exigencias de los mercados mundiales, y favorecen la programación de acciones dirigidas a conseguir la división de las filas obreras y su domesticación mediante la violencia o el soborno.

Para los colonialistas del siglo XX tiene importancia conocer el uso que los trabajadores hacen del tiempo libre. En su empeño de que lo usen “bien” fundan centros deportivos, clubes sociales, agrupaciones culturales y otros organismos semejantes administrados por “empleos de confianza”. Fomentan fiestas, competencias que despierten interés por las diversiones “sanas y apolíticas” en un ambiente de “conciliación y sincera amistad” entre jefes y empleados, extranjeros y criollos.

Crean honores y premios (cantidades de dinero, medallas, becas para estudiar en Estados Unidos, pasajes para viajar a Puerto Rico); construyen viviendas, organizan sistemas de préstamos, ponen a funcionar escuelas. Todo esto con dos grandes finalidades: a) crear un mejor estado de ánimo de los trabajadores que los hace producir más y mejor; b) amortiguar las expresiones de la lucha de clases planteada de forma aguda en los campos petroleros.

Es política laboral de los empresarios hacer *concesiones* a los trabajadores “rendidores” y “disciplinados” en el trabajo. “Sanear” los personales de las compañías mediante despidos masivos de los “malos obreros”, “sospechosos” e “inconformes”. Las listas “negras” se enriquecen constantemente con la incorporación de nuevos “indeseables” y gentes de “mala conducta”, de lo cual informan a la policía. Los burócratas sindicales actúan desde afuera con la finalidad de desintegrar al grupo social de los trabajadores petroleros; en los sindicatos violan los métodos democráticos que consagran los estatutos, pagan divisionistas profesionales, montan provocaciones, propagan la indisciplina y ejercen la corrupción. Hacen despedir y encarcelar a cuantos se oponen a sus planes.

Hay trabajadores del petróleo que logran descubrir lo fundamental de la dinámica de la sociedad venezolana y las leyes que la rigen. Lo consiguen en la medida que asimilan la teoría científica del movimiento obrero y sus vinculaciones con la práctica política. Pero no todos desarrollan la conciencia social a un mismo ritmo; unos se quedan rezagados, víctimas de las maniobras y deformaciones que los margina de la ruta del progreso y los pone al servicio de clases extrañas. Llegan a convertirse en agentes de los colonialistas y de las clases dominantes en el seno del movimiento obrero.

El trabajo especializado y el uso de técnicas complejas en la industria petrolera aparece con el desarrollo de las fuerzas productivas. La producción crece de forma vigorosa y los cambios que se producen en el proceso, profundizan diferenciaciones entre los trabajadores y hacen surgir capas mejor retribuidas. Esta diferenciación es aprovechada y estimulada por los jefes de las compañías. Procuran que determinados sectores se muestren satisfechos con su situación y, en consecuencia, dispuestos a los entendimientos con los empresarios.

Sirven los burócratas sindicales de vehículo de las desviaciones ideológicas que minan la fuerza y restan cohesión al grupo social de los trabajadores petroleros; influyen desde posiciones variadas: directivas sindicales, administración de centros recreativos, cargos públicos. Se mueven muy cerca de los gerentes, superintendentes y altos jefes de las compañías; entre ellos se cuentan quienes ocupan cargos de confianza en los campos petroleros.

Con el gobierno de los militares establecido en 1948 aparece en la escena de la actividad social petrolera un nuevo personaje: el *gangster* sindical. Lo paga y maneja el dictador Pérez Jiménez para formar su propio “movimiento obrero”. El *gangster* sindical trabaja en combinación con la policía; se dedica a desplazar por medios violentos a los burócratas del partido Acción Democrática y levantar en los sindicatos del ramo una maquinaria terrorista al servicio de las compañías.

El surgimiento del *gangster* sindical marca en nuestro país el comienzo de una época difícil y sangrienta del movimiento obrero, días en los cuales mueren muchos obreros y los sindicatos “sesionan” con la presencia en el local de la temible “Seguridad Nacional” y de funcionarios del Ministerio del Trabajo. El *gansterismo* provoca cambios cuantitativos y cualitativos del grupo social de los petroleros; sus efectivos más antiguos son eliminados y sus puestos ocupados por recién llegados a los campos, cuidadosamente escogidos por la policía privada de las empresas. Veteranos trabajadores del petróleo tienen que pasar a formar parte de otros destacamentos de la clase obrera nacional; se convierten en choferes de plaza, pequeños comerciantes, trabajadores de la construcción o desaparecen en la dimensión indefinida de los desclasados.

Los trabajadores petroleros, como grupo, se transforman constantemente. Se convierten en un nuevo grupo, distinto del tradicional. Débilmente integrado, sin iniciativa, que evita los conflictos de trabajo con las compañías y teme a los *gangsters* y a la policía. Es un grupo dispuesto a enterrar “el hacha de la guerra de clases”. Despolitizado, replegado sobre la vida privada de sus integrantes, invadido en buena parte por la resignación y el derrotismo.

Con la transformación del grupo baja la tasa de sindicalización. El marco estructural del campo petrolero es aceptado como institución que funciona para resolver los problemas que engendran las relaciones de producción. El nuevo grupo carece de unidad interna, no tiene conciencia clara de su identidad social. Es parte de una clase a “medio hacer”, sin fisonomía, aluvional, socialmente descompuesto, sin capacidad de presión. El grupo participa en un movimiento sin autonomía, domesticado por el absolutismo político de los monopolios extranjeros y la presión coactiva del Estado militarista.

El *gansterismo* se hace sistema. Elimina los aparatos de reformismo y corrupción montados por los *acciondemocratistas*, porque les resultan innecesarios. Ahora se persigue al obrero consciente sin contemplaciones ni disimulos, se le margina de la actividad sindical y política. Hay un nuevo modelo de “dirigente sindical” que no es un oportunista sino un delincuente, no es un traidor a la clase obrera porque nunca ha tenido que ver con ella, no es un reformista porque no tiene interés en reformar sino en el mantenimiento del régimen militarista. Es un mercenario pagado por los militares y las compañías.

Los empresarios petroleros, que son calculados y sacan las cuentas en función del mañana, comprenden que el *gansterismo* sindical les produce beneficios pasajeros, inestables. Porque puede desaparecer como sistema en un momento cualquiera, con la destrucción del régimen de los militares que lo amamanta. Por eso, al mismo tiempo que aprovechan a los *gangsters*, impulsan planes de domesticación de grandes proyecciones. Reconstruyen y fortalecen las bases del reformismo sindical como ideología de los trabajadores petroleros.

Las compañías en los campos petroleros actúan en dos niveles, alternan las formas de proceder y las combinan de acuerdo con las circunstancias. Utilizan la violencia, rechazan cuanto signifique mejoramiento de relaciones. De aplicar esta parte del plan se encargan los *gangsters*, los cuerpos represivos oficiales y particulares que pagan las empresas. Al mismo tiempo desarrollan programas de viviendas, abren escuelas para los hijos de los trabajadores, remodelan los clubes, construyen parques, canchas de béisbol. Fomentan asociaciones de *bienestar social y culturización*, hacen planes familiares de ayuda y orientación a la mujer como individuo de la comunidad del campo petrolero. Organización de campos deportivos, inician cursillos de seguridad industrial, viajes, excursiones.

En este ambiente, el nuevo trabajador no encuentra a quién querer u odiar, no sabe dónde están sus amigos y dónde sus enemigos, carece de motivos para rebelarse y de razones para sentirse satisfecho. Piensa con ideas generales. Llena su tiempo libre con planes puestos en marcha por una red de funcionarios visibles e invisibles cuya función es alienar el ocio del personal de las compañías.

Las empresas mejoran las urbanizaciones donde viven los trabajadores; tratan de convertirlas en zonas residenciales para que la vida familiar ejerza influencia negativa sobre la actividad sindical y política del obrero. Se procura que este deje de ir al sindicato y se quede en la casa leyendo historietas de “muñequitos”, folletos que relatan aventuras del FBI, crónicas de béisbol, oyendo programas de radio debidamente elaborados, o asistiendo para acompañar a sus hijos a las salas de cine gratis o a fiestecitas en casas vecinas.

A más de una familia obrera se le crea el deseo de vivir como los empleadores. Decoran las viviendas de forma semejante a las de estos. El dueño de la casa lleva corbata los domingos, se limpia los zapatos y visita a los amigos que desempeñan “cargos de confianza”. Van olvidando la distancia social que los separa de los empleados y dejan de pensar que estos amigos circunstanciales pueden convertirse, por razones de clase, en sus adversarios.

El control por los capataces en el sitio de trabajo, la alienación del ocio por la “culturización de masas” hace que la vida del trabajador petrolero sea gris: sin emociones, aislada y llena de frustraciones, empeñada en huir de una alienación

por medio de otra. En buena parte su salario es cambiado por billetes de lotería, boletas de rifas que les provocan expectativa y rompen la monotonía de su existencia. La familia petrolera termina haciéndose supersticiosa, practica la brujería, consulta horóscopos en una eterna búsqueda de soluciones para los problemas que surgen en su dramática soledad.

De vez en cuando, el obrero pasa por el local del sindicato llevado por el miedo: conviene ser visto por el *gangster* de guardia. La visita es corta. Se vive un período de parálisis del movimiento popular, de sindicatos sin militantes, de exitosas “relaciones humanas” por parte de las empresas, de contratos de trabajo que se “prorrogan” automáticamente, de ocupación militar de los campos petroleros.

El terror patrono-policial que alterna con los planes de ablandamiento y desmoralización, deforman y desintegran el grupo desde fuera. En 1950, deportes y diversiones programadas absorben el tiempo libre de los trabajadores. Y la situación se prolonga hasta 1958, cuando las masas populares echan del gobierno al pelotón de militares comandado por Pérez Jiménez.

Las radiodifusoras del estado Zulia transmiten juegos de pelota que suceden en Cabimas, mientras en las calles de Caracas obreros textiles, choferes, constructores y grupos de las capas medias de la población combaten por la libertad, la democracia y la independencia nacional. En esa oportunidad los obreros petroleros acusan los efectos de la cultura de conquista y pierden su condición de vanguardia del pueblo de Venezuela, para ser sustituidos por otros destacamentos de la clase obrera nacional.

La cultura del petróleo deja huellas grandes y profundas; forma “hombres Creole” y “hombres Shell”, nacidos en el territorio venezolano pero que piensan y viven como extranjeros; hombres de las compañías y para las compañías, personas antinacionales. Expresión de un mestizaje repugnante resultado de una política de “relaciones humanas” aplicada por los colonialistas. Obra de los monopolios internacionales animadores de aquella cultura. Tanto el “hombre Creole” como el “hombre Shell” asimilan los elementos propios de la cultura del petróleo y tienden a sustituir lo venezolano por lo norteamericano principalmente. Su estilo de vida copiado, impuesto, lo consideran expresión de progreso. Que, en su opinión, los hace superiores en un mundo de *nativos*, con estilos de vida *primitivos*.

El derrocamiento de Pérez Jiménez significó la huida sin controles de los *gangsters* sindicales. En general, trataron de ocultarse en su viejo y familiar submundo del lumpen. Dejaron los sindicatos petroleros sin trabajadores y sin dinero. Había que reconstruirlos y fortalecerlos, reincorporarlos al frente nacional de liberación.

El trabajo lo emprenden principalmente viejos trabajadores petroleros que salen de las cárceles o llegan del exterior, donde los expulsara la dictadura. Cuentan con

la ayuda de los que lograron burlar la vigilancia y siguen en las empresas como sobrevivientes también de los antiguos burócratas creados por Acción Democrática y desplazados de sus posiciones por los *gangsters*, pero deseosos de volver a ocuparlas. Para lograrlo se apoyan en los “hombres Creole” y los “hombres Shell”; las compañías ayudan a unos y otros y forman una nueva burocracia sindical.

El grupo de los trabajadores petroleros reaparece como fuerza social importante, aunque no tanto como en el 30 y el 36. La influencia de los empleados ha crecido notablemente; en sus filas hay “hombres Creole” y “hombres Shell” que insisten en la conveniencia de aplicar planes de “bienestar social” y lograr “fórmulas” de entendimiento con las empresas.

Predomina en los campos petroleros una élite desenraizada del ambiente social, con un estilo de vida que no es el de los trabajadores, facilidades de movilidad ascendente y mentalidad de *clase media*. Constituye una constelación sociológica que acerca sus componentes a la pequeña burguesía y obstaculiza las comunicaciones de estos con los efectivos de la clase obrera. La distancia social que separa a los dirigentes y administradores sindicales de las bases es grande. Aquellos forman un subgrupo que se adapta más a las formas de vida de los empresarios extranjeros, y desprecian lo nacional. Ayuda a la desintegración de la cultura venezolana y sus componentes son manejados por los portadores de la cultura del petróleo.

Muchos trabajadores petroleros viven hoy en estado de melancolía política como resultado de los perjuicios ocasionados por la extensión y el afianzamiento de la cultura del petróleo, que pasa de generación en generación, con modalidades propias y consecuencias de orden social y psicológico. Algunos intentan resolver los problemas que las instituciones existentes en el campo petrolero no les solucionan. No lo consiguen por las condiciones objetivas impuestas, que tienden a perpetuarse a través de generaciones por medio de su efecto sobre los niños. A temprana edad los trabajadores absorben valores y actitudes básicas de la cultura del petróleo.

Son terreno fértil para el desarrollo de la cultura del petróleo las personas de las capas inferiores de una sociedad en transformación que sufre de alienación parcial. Se afianza con mayor prontitud en los grupos llegados a los campos petroleros desde centros urbanos que entre los venidos de aldeas campesinas de culturas tradicionales estables. Rasgos de la cultura del petróleo al nivel del grupo familiar son la ausencia de la infancia como etapa larga del ciclo vital, la iniciación sexual muy temprana, abundancia de uniones libres, frecuente abandono de mujeres e hijos, falta de intimidad y tendencia al autoritarismo. Otros rasgos son la falta de capacidad para aplazar la realización de los deseos o planear para el futuro, el

fatalismo, la creencia en la superioridad del macho y la posesión de un sentido menguado de la historia.

Como toda cultura, la del petróleo ofrece a los grupos humanos un proyecto vital, soluciones preparadas que evitan el tener que partir desde cero en cada generación. Sin embargo, la cultura del petróleo no llega a ser muy profunda, es más bien superficial: entre los que viven en ella hay vacíos y sufrimientos; no procura satisfacciones suficientes, estimula la desconfianza y aumenta la impotencia y el aislamiento.

La cultura del petróleo es primero impuesta y después aprendida. Todo hombre es un ser histórico y la cultura de que forma parte cambia en el tiempo. El trabajador petrolero es un ser histórico y la cultura del petróleo ha de cambiar en el tiempo, desaparecer.

La “ciudad petróleo”

En las primeras décadas del siglo XX, Venezuela es un puñado de aldeas regadas en un amplio territorio. Las que concentran mayor número de personas se denominan ciudades. Y de estas, Caracas, la capital de la república, es la más poblada y de superior importancia política y cultural.

Hay aldeas aisladas, poco afectadas por la acción urbanizadora, de poblaciones primitivas por su trabajo y maneras de vivir, que repiten las formas de trabajo con las estaciones, y los modos de vida con las generaciones de culturas orientadas hacia la tierra: viven para sus cosechas, sus hijos y su iglesia. Aldeas donde la innovación es un fenómeno raro y no se estimulan las experimentaciones, que funcionan según códigos morales estrictos y rígida organización familiar. Donde la autoridad del padre nunca se pone en duda y los ancianos ocupan posiciones que conservan hasta la muerte.

Las hay también donde se conoce la actividad urbanizadora, y aunque sus pobladores prefieren mantener modos de vida tradicionales, viven en proceso de cambio. En unas, los niveles de urbanización son más altos que en otras; se hacen más urbanas en las maneras de vivir aunque sigue predominando el trabajo agrícola.

La Rosa es para entonces una aldea aislada del estado Zulia. Comprende un número reducido de viviendas construidas con barro rojo, caña brava y techos de anea, habitadas, entre otras, por las familias Basabe, Bermúdez, Borjas, Díaz y Olivares, que viven de la agricultura y la cría de ganado menor principalmente.

Cabimas, con trescientas casas y mil quinientos habitantes, es otra aldea del mismo estado. Comprende cuatro leguas de tierras baldías limitadas así, según documentos oficiales sobre “Deslinde de los Ejidos de Cabimas”:

Se fija un punto de partida al frente de la iglesia a treinta metros de distancia hacia el occidente; luego se sigue por el camino real que conduce a la parroquia Santa Rita, y que pasa por los caseríos Ambrosio, Pueblo Aparte, La Gloria, La Represa y La Misión, hasta llegar por todo el camino, a rumbo y distancia, al punto en que corta el río Mene, línea divisoria entre las parroquias Cabimas y Santa Rita, resultando una longitud de cinco mil setecientos metros. Del mismo punto de partida, se sigue, también a rumbo y distancia el camino real que pasa por los caseríos La Vereda, La Salina, La Rosa, Hato Nuevo, Punta Gorda y Los Riteros, y se llega al último hato de este lugar, con una distancia de diecisiete mil metros. Desde el punto de encuentro del primer camino con el río Mene, se miden hacia el Este, cinco mil metros o sea una legua. Síguese aproximadamente el curso de dicho río y pasa por la Ciénaga del Templadar hasta una distancia de esta, de seiscientos metros que aparece limitada por un estantillo. En el último hato de Los Riteros, y a partir de un estallido ahí fijado, se sigue el camino carretero que parte de dicho lugar hacia el Oriente y se miden tres mil quinientos metros; este punto aparece también limitado con un poste de madera. Como pina auxiliar se trazan: una que sale del punto de partida, rumbo al Este, y termina a ocho mil quinientos metros; otra del caserío La Rosa y termina a una distancia de cinco mil metros; desde el extremo de esta se traza una línea que pasa por el extremo de la anterior y termina en el poste del Templadar; y además otra recta que termina en el poste del camino carretero del lugar llamado Los Riteros.

Es un pueblo de agricultores, criadores y cortadores de madera. Con una sola calle de tierra y noches oscuras por la falta de luz eléctrica, casas de paredes de barro y techos de palma. Sin comunicaciones con las poblaciones vecinas: el correo, en bote de vela, llega de Maracaibo una vez a la semana.

En 1910, el ingeniero civil Pedro José Rojas elabora un informe que revela la riqueza del subsuelo donde años después se establecen los campos petroleros Mene Grande y Bachaquero. Vale la pena conocer lo que se dice en la parte titulada “Ventajas”:

No concurre en esos terrenos otro mérito sobre los baldíos adyacentes, que el de las buenas sabanas Barquis, Larga, Patiecitos, Sabanetas, Barroso, Santa Bárbara y Mataje, por la proximidad de los yacimientos de asfalto (Mene Grande), donde el ganado parece atascado. Esta circunstancia

perjudicial sería salvada cercando esos extensos potreros artificiales, pero aún estamos muy fracasados para tal adelanto de la explotación pecuaria. También podrían transformarse las sabanas en zonas agrícolas, pues, hay fertilidad en el suelo, y las condiciones climatéricas, influidas por la evaporación del Lago y las lluvias, suplen las dificultades del regadío, pero esto requiere una población que, no solo esa zona sino la próxima al Lago, no alcanzará en un siglo. El valor de esos terrenos está por ahora *en la posibilidad de descubrir fuentes de petróleo, pues dos (2) semanas antes que yo, estuvo haciendo estudios allí una comisión de la Compañía Petrolera y, según informes que obtuve, salieron satisfechos de sus investigaciones...* (Rojas 2010 en Grupo Shell s.f.; énfasis agregado).

Los resultados satisfactorios de las gestiones técnicas realizadas por representantes del grupo Shell, marcan el comienzo de la historia de la “ciudad petróleo” en Venezuela. Resultante en su mayoría de transformaciones sucedidas en viejas aldeas del país. Producto otras de una actividad intensa de las compañías extranjeras. Expresión de cambios habidos en sociedades tradicionales por la acción del colonialismo moderno.

La “ciudad petróleo” surge y se desarrolla en las proximidades y en dependencia del campo petrolero. A este debe su existencia y auge. Pero son unidades de población diferenciales, de estructuras distintas. En el capítulo anterior nos ocupamos de los campos, ahora estudiaremos las ciudades. Aparecen como núcleos que se vitalizan y crecen estimulados por la actividad industrial petrolera. Habitados principalmente por comerciantes, artesanos, semiempleados y buen número de empleados de las compañías. Partes de sus poblaciones se relevan periódicamente, otras son filas, se mantienen en ellas indefinidamente.

La dimensión y la importancia de las operaciones que realizan las compañías definen la categoría de una “ciudad petróleo”. Prosperan por la implantación de los adelantos técnicos que interesan a los colonialistas. En ellas, la vivienda de barro y palmas es sustituida por la casa y el apartamento de buena construcción. El comercio interno mejora en la medida que la clientela de hombres solos va convirtiéndose en clientela familiar y, en consecuencia, aumenta la demanda. En la “ciudad petróleo” lo extranjero representa el progreso. Su funcionamiento es obstaculizado por: a) la falta de unidad; b) una marcada diferencia urbanística del centro con la periferia; c) la falta de coordinación entre población, empleo y construcción; d) la carencia de entidades de servicios públicos.

La ciudad evoluciona siguiendo direcciones que obedecen a sus orígenes. En las surgidas por cambios habidos en aldeas tradicionales, provocados por choques económicos, psicológicos o demográficos con grupos extraños portadores de técnicas superiores, brotan nuevos barrios; los pobladores tratan de vivir a la

manera extranjera y se concentran en *urbanizaciones*. Buen número de estas ciudades son tripartitas: constan de una parte antigua, de barrios ocupados por los colonizadores y posibles zonas construidas por criollos. La población de cada sector tiene rasgos propios.

La “ciudad petróleo” que aparece alrededor del campo petrolero por iniciativa de los extranjeros, sufre un desdoblamiento urbano inicial que se proyecta en su evolución. Siempre crece abiertamente intervenida por los colonizadores. Son centros satélites de los campos petroleros: algunas dependen totalmente de ellos, otras viven influidas por ellos. Lagunillas, por ejemplo, es una ciudad de existencia y actividades determinadas por los campos petroleros que la rodean. En cambio Maracaibo y Puerto La Cruz gozan de cierta autonomía y hasta de posibilidades de desarrollarse de forma independiente.

Algunas “ciudades petróleo” se extienden hasta los límites mismos del campo petrolero, pero este les cierra el paso, desvanece sus aspiraciones de crecimiento sin limitaciones. El campamento no se confunde con la ciudad y rechaza los intentos de invasión por parte de esta. Porque el campo petrolero es un organismo definido, estructurado, de función económico-social dominante.

Abundan en sociología cuadros comparativos de lo rural y lo urbano. La mayoría carecen de efectividad cuando se manejan con el fin de definir el carácter de una “ciudad petróleo”. Los cuadros suelen asociar las sociedades urbanizadas con un mayor alejamiento de la naturaleza y el predominio del medio cultural sobre el natural. Pero hay “ciudades petróleo” que no llenan esta condición.

En los mismos cuadros se atribuye a las sociedades urbanas mayor magnitud que a las rurales. Pero hay “ciudades petróleo” de magnitud menor que la de comunidades rurales vecinas. Además, en las ciudades que estudiamos la pirámide social no corresponde a los modelos establecidos como propios del campo y de la ciudad. En las ciudades petroleras el reagrupamiento socioeconómico puede ser estimado de esta forma:

Posición de la ocupación	% de la población real
Exdueños de la tierra	3,0
Grandes comerciantes	10,0
Empleados públicos	10,0
Pequeños comerciantes	20,0
Artisanos	10,0
Trabajadores asalariados	10,0
Miembros de familia	7,0
Sin ocupación definida	0,0

Viven en las “ciudades petróleo” descendientes de los que fueron dueños de las tierras que son ahora propiedad de las compañías: unos, de las rentas que les producen viejas casas heredadas; otros, cobran pensiones quincenales o mensuales en las taquillas de las empresas. Hay *Medio siglo de la industria petrolera de Venezuela* y comerciantes que fungen de gerentes en Maracaibo, Barcelona, Puerto La Cruz, Maturín o Caracas; en su mayoría son venezolanos que devengan altos sueldos y cultivan la amistad de los superintendentes y otros importantes jefes de los campos petroleros.

Abundan los empleados públicos vinculados a los burócratas sindicales. Contratistas, negociantes libaneses, dueños de expendios de licores, de farmacias, de cafeterías, administradoras de prostíbulos, y otras gentes que forman grupos complejos de pequeños comerciantes que influyen en la vida económica y social de la ciudad. Los artesanos comprenden propietarios de pequeños talleres de carpintería, herrería, latonería, reparaciones de calzado. Trabajadores asalariados son los empleados de bodegas, tiendas de venta de ropa, cantinas, restaurantes y negocios semejantes. Componen los “miembros de familias” las personas que, sin ganar sueldos en las compañías, forman parte de grupos familiares de trabajadores petroleros. Abundan los pobladores sin profesión conocida, en su mayoría retirados desde hace tiempo de las empresas petroleras, que sueñan con ser reenganchados; aventureros, *lumpen* diversos.

La “ciudad petróleo” aumenta su actividad al concluir la jornada del campo petrolero. A las cuatro de la tarde se abren las puertas de las cantinas y casas de juego de las ciudades, los comerciantes vocean los objetos en venta, los policías circulan por las calles principales, se oye música, las prostitutas ríen y cantan. La ciudad entera se prepara para recibir a los trabajadores que traen dinero, que compran pantalones de dril, camisas, beben cervezas y buscan amores fáciles.

En las ciudades resultantes de transformaciones de viejas aldeas, ni el nuevo sistema de estratificación ni las culturas superpuestas consiguen la eliminación total del patrón tradicional. Al estudiar su dinámica se encuentran elementos de resistencia al cambio. Constituidos principalmente por restos de grupos familiares que existieron antes de la llegada de las compañías.

Las fuerzas de transformación nacen en el campo petrolero, de ahí se proyectan hacia la ciudad. La pugna entre los elementos de resistencia y la cultura del petróleo se expresa en fricciones que afloran con frecuencia. Que desaparecen al entrar en juego la poderosa maquinaria de dominación cultural de los colonizadores.

La “ciudad petróleo” es un subproducto social de compañías extranjeras en territorio venezolano. Conglomeraciones parasitarias que la explotación petrolera engendra sin proponérselo. Diferentes al campo petrolero. Hay en las “ciudades

petróleo” islotes de personas, agrupaciones víctimas del espejismo de una vida fácil por el hecho de acercarse a los centros donde se produce oro negro, que se quedan en la ciudad y se multiplican; crean problemas demográficos, económicos y culturales. Llegan a ser millares y comprenden criollos y extranjeros.

Buena parte de la población de Venezuela vive en las “ciudades petróleo” con historia propia, que tiene poco de común con las historias de los que viven en las otras ciudades del país. Hay en aquellas un “urbanismo petrolero”, cuya función no es precisamente solucionar problemas que se plantean sino complicar los existentes y crear nuevos. El Tigre, en el estado Anzoátegui, es una muestra del urbanismo petrolero: surgió y creció sin preocupación por los problemas de los grupos humanos. El urbanismo de El Tigre es rutinario, nada inventa ni descubre; amontona viviendas, improvisa calles. En fin, desprecia al hombre. Todas las “ciudades petróleo” del país se parecen a El Tigre.

En 1920, más de noventa mil personas se concentran en la zona occidental del Lago de Maracaibo y cerca de treinta y cinco mil en la oriental. En Cabimas se montan plantas generadoras de energía eléctrica: en Las Tierritas, en Ambrosio, al lado del famoso botiquín El Hijo de la Noche, y en La Rosa Vieja. Abren las puertas los cines Apolo y Odeón y cobran uno y dos bolívares por ver una película de vaqueros. Funcionan el cine Cabimas, el teatro Variedades, el cine Ideal y el Nuevo Circo. Después el teatro Internacional.

Mejoran los sistemas de transportación de pasajeros. Un vaporcito moderno, “El Continente”, va de Cabimas a Maracaibo y viceversa, dos veces al día. Cuatro bolívares cuesta el pasaje, pero puede viajar también en embarcaciones de motor: “El Boconó”, “El Zulía”, “El Coquivacoa”, “El Berlín”, “El Caribe” y otros más económicos. Años después se inauguran los ferris que unen a Palmarejo con la capital del estado Zulía.

En Cabimas aparecen como hongos los almacenes y las oficinas comerciales: casas distribuidoras de automóviles Ford y fonógrafos Víctor; agencias de las cervecerías Regional y Zulía; mayores de víveres, bodegas, agencias de loterías. La Botica del Rosario es la que más vendía en 1925, y en 1927 se reparte la clientela con la Farmacia Americana y la Botica Moderna. A precios elevados expenden elixir de Cocuy, Pomada Inglesa, píldoras e inyecciones uretrales contra la blenorragia, Elixir de las Damas, Antipalúdico Chiquinquirá, Purgante Delicioso, vino Sangre de Toro, Urosalvol, jarabe San Lázaro, polvo Vanesol J.B. para las enfermedades secretas, depurativo Olarte, Inyecciones Parisienses, regenerador Cachiquel para la impotencia y muchos otros.

La vieja aldea zuliana crece violentamente y se hace “ciudad petróleo”. La población del municipio Cabimas en 1950 es de 59.301 habitantes. En 1961 pasa

de cien mil. El censo levantado a fines de 1953 registra 1.244 negocios distribuidos de esta manera:

Manufacturas	78
Servicios	307
Comerciales	855
Transportes	4

Es una ciudad de calles *empetroladas*, estrechas, interrumpidas por casas de madera llenas de moscas y malos olores, de niños desnudos que se bañan en charcas de agua sucia y aceite mineral. Calles de ambiente caótico, de las cuales se sale sorpresivamente para caer en una avenida amplia y plana, tendida entre grandes construcciones. Ciudad donde el lujo contrasta con la miseria, el hambre con la abundancia de alimentos; con mercados llenos de día y de noche, de ricos y de pobres, de criollos y de extranjeros, donde se compra y se mendiga, se roba o se pasa el tiempo simplemente.

Cerca de Cabimas se levanta otra “ciudad petróleo”: Ciudad Ojeda, que revela la vieja, insalubre y al mismo tiempo pintoresca Lagunillas, que destruyera un incendio en 1928. Es una unidad de población que forman Las Morochas, Barrio Libertad, Tamare, Tía Juana y Lagunillas, con más de cuatrocientos negocios según los resultados del censo económico de 1953:

Manufacturas	33
Comercios	273
Servicios	127
Transportes	433

Y pasan de 900, cinco años después (1958):

Manufacturas	99
Comercios	604
Servicios	281
Total	984

Las antiguas comunidades campesinas establecidas en lo que ahora es Ciudad Ojeda sufren transformaciones. Reciben el impacto de grupos urbanos y crecen a una tasa de 132% en el período 1941-1950, mientras la población rural se reduce en un 13,4%. En 1950 pueblan el municipio 34.928 personas, que pasan de 75.000 en 1958.

Los procesos de formación y desarrollo de Cabimas y Ciudad Ojeda son semejantes a los de las otras “ciudades petróleo”. Cabimas tipifica cambios acelerados, sin

planificación, de un pueblo agropecuario. Ciudad Ojeda es el producto directo de la acción dirigida de las compañías que operan en la región. El estudio de la aparición y extensión de todas las “ciudades petróleo” revela una similitud sorprendente. Por eso es posible hacer formulaciones y elaborar conclusiones sobre los procesos seguidos. Pueden construirse cuadros con datos sobre el origen y desarrollo de “ciudades petróleo” y seguir su evolución.

Algunas aldeas convertidas en “ciudades petróleo”

Nombre	Año de su fundación	Población en 1920	Población en 1950	Población en 1961 ⁶
Maracaibo	1571	46.706	235.700	421.400
Cabimas	-	1.940	42.300	92.700
Lagunillas	-	982	24.400	54.200
La Concepción	-	3.709	33.000	170.000
Maturín	1760	-	25.000	54.300
Cantaura	1740	-	66.000	148.000

Porcentaje de aumento en diez años

Nombre	% de aumento 1950-1961
Maracaibo	79
Cabimas	119
Lagunilla	123
La Concepción	414
Maturín	116
Cantaura	125

6 Se redondean las cantidades que acusan los censos de población.

Algunas “ciudades petróleo” de formación reciente

Nombre	Población en 1950	Población en 1961	% de aumento 1950-1961
Punto Fijo	15.400	37.500	143 ⁷
Bachaquero	7.800	14.500	85
Tía Juana	4.300	5.800	35
Cardón	No existía	5.200	-
Caja de Agua	No existía	5.200	-
Anaco	4.400	22.700	416
Caripito	15.800	21.100	34
El Tigre	19.900	42.000	112
El Tigrito	10.000	20.700	107
Punta de Mata	5.200	6.500	25

El último censo nacional de población revela que más de dos millones de personas se concentran en “ciudades petróleo”, o sea, más del 25% de la población del país. El dato tiene gran significación. Los agrupamientos humanos se proponen mejorar el ambiente biológico y social donde funcionan para satisfacer las demandas de sus componentes. Las poblaciones de las “ciudades petróleo” carecen o dejan de utilizar recursos suficientes para mejorar los ambientes donde viven. Y eso crea situaciones de ansiedad colectiva que estudiosos superficiales suelen atribuir a causas diversas: climáticas, raciales, políticas, religiosas, etc.

Son concentraciones humanas incapacitadas para la creación de ventajas sociales por sí mismas. El grupo de los ricos construye para ellos únicamente mansiones, clubes, campos deportivos, porque no les interesa ni quieren la ciudad en su conjunto. Por su parte, la población pobre no puede construir lo bello y lo útil para todos. Son las compañías las que aparecen como las realizadoras de mejoras: iglesias, calles, escuelas, que el gobierno, en nombre de la *nación*, elogia y les agradece.

7 Se redondean las cantidades acusadas por los censos de población.

Nadie vive bien en las “ciudades petróleo”, pero ninguno se dispone a dejarlas. Cuando llegan declaran que pasarán solo unos días porque existe el temor de que irse hoy significa que perder la oportunidad de mañana. Y así pasan los meses y los años, rodeados de necesidades y alimentados con esperanzas. Los descendientes de los que fueron dueños de la tierra antes de la llegada de las compañías esperan mejores pensiones de las empresas que despojaron a sus abuelos. Los comerciantes confían en la aparición de un nuevo “chorro” que asegure grandes negocios; los empleados públicos hablan de mejores oportunidades para el “rebusque” y alza de los sueldos. Pequeños negociantes sueñan con mayor número de compradores de zapatos, medias, perfumes, camisas. Los trabajadores creen en aumentos de salarios. Y los aventureros aguardan el mejoramiento económico de todos para quitarles el dinero en las casas de juego, las cantinas, el robo. En fin, todos separan lo bueno por venir y se queda en las ciudades.

El enganche de una docena de trabajadores en el campo petrolero cercano, la adquisición de dos o tres camiones nuevos, la llegada de un grupo de “musiús” venidos desde Nueva York, alguna fiestecita en la casa de un alto jefe, son tenidos como “indicio”, como síntoma de que la situación tiende a mejorar. Suficiente para que los comerciantes se animen y pinten las fachadas de sus negocios, las prostitutas fien vestidos nuevos, los centros nocturnos traigan desde Maracaibo lotes de mujeres, los desempleados se acerquen por los portones de las compañías. Surjan en la ciudad proyectos para un futuro mejor inmediato.

Pero esto se desinfla pronto. Porque los “musiús” llegados resultan ser simples empleados de las compañías que disfrutan de vacaciones, interesados en conocer las instalaciones de Venezuela; los camiones son adquiridos para relevar unos inservibles; el mismo día que se enganchan los doce trabajadores se despiden cincuenta.

Semanas después surgen nuevos síntomas y renace el optimismo. Y así sucesivamente, mientras se oiga el sonido de las sirenas de las compañías que llaman al trabajo al amanecer de cada día. Los grupos humanos que pueblan las “ciudades petróleo” no consiguen concretarse, no llegan a integrar una sociedad arraigada donde cada persona muestre disposición de ajustarse en un todo. Flotan independientemente, sin fijarse. Las petroleras son ciudades migratorias ocupadas por sociedades de estructuras parciales, con estímulos que llegan a constituirse en medios absolutos, sin finalidad colectiva o integradora.

Sociedades creadas por intereses materiales, en las cuales vivir es correr vertiginosamente, sin amortiguadores espirituales ni morales. Donde hay que zambullirse en una vida lucrativa y utilitaria; sociedades y hombres que son anverso y reverso de un mismo fenómeno. Las “ciudades petróleo” son surtidores de ansiedades y conflictos. Porque alteran la escala de valores, los hábitos y las

pautas de sus habitantes. Los que carecen de ajuste y adaptabilidad son excluidos por los mejor preparados. La vinculación social se hace forzada y artificiosa, acumula ansiedad agresiva que plasma en buen número de “mantenidos”, “atracadores”, “guapos de botiquín” y otros arquetipos locales.

El gobierno de Venezuela estimula el estilo de vida de las “ciudades petróleo”; las leyes y prácticas gubernamentales dejan sin expresión otros estilos de vida. En esas ciudades no hay sectores que estimulen el vivir y la expresión social, sus grupos de población se ajustan férreamente a las estructuras, carecen de mecanismos de adaptación. Tienen un estilo de vida que amputa la influencia arraigadora de otros estilos. Son ciudades extranjeras con nombres venezolanos y localización en el mapa del país. En las que se rinde culto a Simón Bolívar, pero se festeja con brillo el aniversario del nacimiento de Jorge Washington y el día de la Independencia de Estados Unidos.

Son pocos los trabajadores activos de las compañías que viven en las ciudades, la mayoría de ellos está concentrada en colonias de viviendas levantadas en los campos petroleros. Pero buena parte de sus familiares se cuentan entre los pobladores de aquellas y realizan actividades no agrícolas, en ambientes donde predomina lo cultural extranjero. Estratificados y diferenciados aunque con contactos personales numerosos en un área de la interacción por individuo y por grupo social.

Es la “mala vida” una forma de vivir en las “ciudades petróleo”, la consecuencia más sucia del colonialismo. Ni las compañías petroleras ni los funcionarios gubernamentales se ocupan de exterminarla y sancionar a quienes la practican, porque cumple una función que contribuye a mantener en las ciudades un equilibrio social que conviene a los invasores extranjeros y sus *cómplices criollos*.

Poco interesan al “malviviente” los cambios de la sociedad y menos aún la lucha para lograrlos. Engaña y roba tanto al extranjero como al criollo, actúa como policía en ocasiones, trabaja en la empresa temporalmente, rompe huelgas si le pagan por hacerlo, quita dinero a las prostitutas y conoce la vida privada de los pobladores de la “ciudad petróleo”.

No están bien establecidos los límites entre la “buena” y la “mala” vida en las “ciudades petróleo”. Porque estas son *tierras de nadie*, encrucijadas donde a la vuelta de cada esquina puede suceder cualquier cosa. Junglas donde es fácil ocultarse favorecido por la aglomeración. En las que puede hacerse y se hace vida múltiple. Y abundan las oportunidades para la aventura y la tragedia. En las calles de las “ciudades petróleo” hay siempre caras extrañas, recién abiertas ventas de licores y casas de prostitución. De las caras extrañas nada se sabe, porque la migración constante es anónima e impersonal. Y la incorporación a la ciudad

significa el desempeño de una multiplicidad de papeles en una multiplicidad de situaciones.

Existe el mito de las “ciudades petróleo”: fascinantes centros de la época del “chorro” amasados con dólares, donde el dinero no se cuenta ni para cobrar ni para pagar, porque “sale de la tierra”. Ciudades cosmopolitas, misteriosas, siempre *alegres*, distintas a las otras ciudades de Venezuela. Algunas, como Lagunillas y Caripito, famosas en el mundo. Familias de las capas medias residenciales en Caracas cobran en las oficinas de las compañías de esta ciudad parte del salario del hijo, del esposo, del hermano, que están allá, trabajando en el mundo del oro negro. De esa forma la “ciudad petróleo” y el campamento petrolero, se proyectan en la vida caraqueña. Y la influyen.

Las “ciudades petróleo” son invertebradas, sin esqueletos que mantengan la posición relativa de sus diversas partes. De gran vitalidad aunque funcionan al margen de los esquemas, planes y generalizaciones de manejo frecuente en las actividades urbanísticas con poblaciones que no pueden formar grupos primarios, sino grandes grupos secundarios, puesto que las personas se vinculan a desconocidos que tratan con indiferencia. En las cuales se juzga a los individuos por la apariencia, sus actuaciones y la habilidad para expresarse en lengua nacional o en extranjera. Y los juicios se forman con rapidez.

Por las grandes posibilidades de eludir controles primarios, se establecen controles secundarios. En las “ciudades petróleo” abundan los policías secretos, los agentes especiales de las compañías que reglamentan las relaciones de los individuos y los grupos. Se forman pequeñas unidades de dirigentes (representantes del gobierno nacional y altos empleados de las compañías) cuyos componentes se relacionan personalmente por razones de posición en la estructura de la sociedad.

El ambiente de estas ciudades facilita a las personas el dominio del arte de la conformidad exterior, que oculta motivaciones interiores y estados de ánimo. Aprenden a vivir vidas distintas en diferentes contextos, aprovechan el anonimato y las amistades ocasionales en pro de objetivos particulares. Con frecuencia se encuentran y simulan no conocerse.

La “ciudad petróleo” carece de instituciones capacitadas para unir sus miembros en una vida urbana activa. Sus poblaciones no producen arte, ciencia o forma cualquiera de cultura intelectual. En la ciudad predomina el color del petróleo: calles negras, pozos de aguas *negras*, hombres, mujeres y niños con manchas *negras*, paredes *negras*, alimentos teñidos de *negro*, en las cuales se juzga a los individuos por la apariencia.

Para sentirse felices, sus habitantes necesitan embotarse los sentidos, perder el gusto. Porque todo es aceitoso, mal oliente, lleno de ruidos producidos por máquinas, borrachos y prostitutas amanecidas. Sin embargo, son las ciudades más visitadas del país: unidas entre sí por tiras de asfalto, forman complejos urbanos que dominan en la geografía nacional.

Hasta fecha reciente expresó valores tenidos como eternos. Desempeñó funciones vitales: de mediadoras entre el *orden civilizado* de la cultura del petróleo y las atrasadas culturas criollas. Con aspectos de Babilonia, Shanghái y “Ciudad Carbón”, en la cual nada valen la estadística y la contabilidad. Porque a nadie interesa saber cuántos nacen y cuántos mueren, ni contar los dólares que amontonan los comerciantes o las *moneditas de oro* reunidas la noche de un sábado por una prostituta solicitada. Donde no hay tiempo para medir la utilidad propia ni estimar la del vecino. Ciudades de vida acelerada, donde solo el presente tiene importancia.

La cultura del petróleo acusa cambios que se proyectan en la vida de la “ciudad petróleo”, y marca el comienzo del derrumbe. El futuro empieza a preocupar a los individuos y a la colectividad, porque significa el descenso. Que tiene expresión en la reducción del número de trabajadores ocupados en las compañías y en la limitación de las actividades de estas.

Entre los pobladores de las “ciudades petróleo” abundan ahora desempleados, los negocios cierran sus puertas, se reduce el consumo de cerveza y las prostitutas anuncian el posible traslado para zonas que, como Guayana, se perfilan como mejores mercados. Por las calles circulan menos personas, hay viviendas desocupadas y solo los norteamericanos ríen y cantan como ayer.

El cambio es violento, marcado, como en el pasado cuando sucedió en otra dirección. Las ciudades se vacían; muchas personas desaparecen de la misma forma que llegaron, no vuelven a la casa de la *querida* o a la sala de juego de El Hijo de la Noche. Se van como vinieron, sin anunciarlo, sin formalidades. Quedan, sin embargo, casas de madera con ventanas de las que cuelgan trapos sucios; hijos de margariteños y corianos juegan en la arena. Hay menos automóviles y botiquines, extranjeros y guardias nacionales que cobran todavía en las empresas.

De los salarios de los trabajadores viven las ciudades fundamentalmente. Según datos oficiales los obreros cobraron en las compañías y gastaron en las “ciudades petróleo” (comercios y sitios de diversión) en millones de bolívares por año:

En 1957	1.023,003
En 1958	1.040,370

En 1959	1.047,550
En 1960	1.183,190
En 1961	1.070,160
En 1962	977,53
En 1963	977,03

En 1962, cuando los trabajadores reciben menos por concepto de salarios, es el año crepuscular de las “ciudades petróleo”. Sin embargo, 1963 es el año de las mayores ganancias de las compañías: 1.700 millones. El fenómeno revela la falta de asociación del bienestar de la “ciudades petróleo” con las entradas de las empresas, y la relación íntima entre ese auge y los salarios devengados por los trabajadores. Un hecho significativo, propio de la dinámica de la cultura del petróleo.

Con el descenso en las actividades de esas ciudades languidece el predominio de la cultura del petróleo. La prensa del país informa sobre la muerte de aquellas. “Por aquí el petróleo nos pasó por encima... Para nosotros, si no hubieran venido estas máquinas, hubiera sido mejor... Queremos que nos digan la verdad, con la finalidad de ir pensando desde ahora para dónde mudarnos”. Son opiniones de pobladores de Lagunillas recogidas por Absalón José Bracho y Arturo Bottaro, publicadas en *El Nacional*.

No queremos que vaya a suceder aquí lo mismo que ha pasado en otras partes, donde la compañía despoja a las casas de las puertas y demás instalaciones... En los patios de las de “La Estrella” que fueron durante más de cuarenta años escenarios de alegres fiestas o veladas familiares, crece la maleza en forma desordenada... (*El Nacional* 6/06/1966a).

Y ahora está allí el campamento abandonado... El campo está solo, ya no hay obreros, pero trabajan las máquinas. La automatización rebaja los costos y en comercio no vale la geografía del estómago..., lo que valen son los dólares... Tuvo y sigue teniendo vigencia la frase de Don Juan Lovera: “por donde pasa la petrolera pasa la candela” (*Alguindigue en El Nacional* 6/06/1966b).

Si llega a desaparecer, como han desaparecido tantos campos, el hasta ayer floreciente centro de San Tomé... ¿Cuál será la situación de los lugares circunvecinos y muy especialmente de El Tigre y El Tigrito, cercanas y propicias víctimas de la tragedia petrolera? (Guzmán en *El Nacional* 20/06/1966).

¿Cuál será el futuro de los campamentos petroleros que aún hay en Venezuela?⁸

8 Es la pregunta final de un largo reportaje de José Luis Mendoza (1966)

Aquí las esperanzas de recuperación están perdidas, según parece... Mucha gente conversó con nosotros. Por lo tanto, no nos resultó difícil hacer el diagnóstico general de la situación. Hacer el balance de la crisis. Meditar sobre la situación de angustia... que parece prender sobre las pocas cabezas que aquí quedan, a la espera del colapso final... (*El Nacional* 18/07/1966).

Reproducimos frases de extensos y elocuentes reportajes y artículos publicados en *El Nacional* principalmente, cuya objetividad es conocida dentro y fuera del país. No son por cierto de las más reveladoras del fenómeno que hace de centros poblados de crecimiento impresionante y bienestar deslumbrante, pueblos abandonados, “como si hubiera pasado la candela”.

Es la obra de la cultura del petróleo que los hombres “Shell” y los hombres “Creole”, de acuerdo con las clases dominantes, ocultan o minimizan. Para evitar que el pueblo la conozca y la mida. Y la cobre. La muerte de las “ciudades petróleo” crea situaciones de gran complejidad: plantea la necesidad de reincorporar a la sociedad nacional poblaciones desarraigadas, extranjeras en su propio país. El regreso a los tradicionales estilos de vida de hombres que se tuvieron como privilegiados y vivieron años despreciando lo nuestro.

Plantea la necesidad de levantar ciudades venezolanas estables sobre las ruinas de las “ciudades petróleo” que improvisaron e inflaron técnicas importadas por las compañías, en perjuicio de las zonas colindantes, ciudades que desplazaron lo *criollo*, agotaron recursos naturales y un capital humano valioso, ciudades que acabaron con la agricultura y enterraron aldeas prósperas.

Venezuela tiene que construir ciudades nuevas y distintas, sin carácter parasitario, de cultura integrada a la cultura nacional. Sometidas a normas decentes en materia de alojamiento de sus pobladores, higiénicas y con actividad recreativa creadora. Que dejen de funcionar como agencias importadoras de culturas extrañas. Que no se desinflen y sean propicias para el desarrollo de formas de lucha propias de los movimientos de liberación nacional.

La cultura del petróleo destruye grupos sociales y ciudades. Entre nosotros, lo sucedido con los trabajadores de la industria sometidos a un régimen especial en los campamentos, y la suerte de las poblaciones de las “ciudades petróleo”, son actos reveladores. Suficientes para descartar como posibles medios de impulso del progreso nacional, los estilos de vida importados con fines de conquista.

Venezolanos de mentalidad deformada y ciudades muertas son efectos de un proceso de colonización que no ha concluido, resultado tangible de la cultura del petróleo, que enfrenta compatriotas a una realidad despiadada, desgarrados

ahora entre lo que imaginaban ser y lo que son; entre un bienestar escamoteado y un malestar nunca esperado, impuesto por causas que no comprenden todavía. Afectados por crisis dolorosas que resquebrajaban valores de su actividad social.

Venezolanos que añoran lo que fueron hasta hace pocos años, que se comportan como pesimistas morales traumatizados por la gestión colonizadora que los infló de forma brusca, sin dejarlo pensar en la posibilidad de un descenso. Arrepentidos ahora de haber contribuido en la época del “chorro” a la desintegración de las culturas nacionales. O que continúan actuando como agentes de las compañías y existen en las ciudades abandonadas bajo la protección de jefes extranjeros. Semihombres; mestizos cuya vergüenza se secó junto con el petróleo, que hablan inglés y declaran que nada ha cambiado.

Todavía hay grupos que realizan labores en los campos y al concluirlos se llegan hasta los restos de las “ciudades petróleo” y se emborrachan. Forman pequeña tropa domesticada movida por los colonialistas con técnicas de “relaciones humanas” que flotan como objetos en las ciudades vacías sin organización, educación, prestigio social ni protección jurídica. Que no tienen una filosofía de la vida, ni explicación de su propia existencia, en un ambiente de descenso vertical del consumo de aguardiente, del crimen, la prostitución y la homosexualidad.

El cierre de los campos de las compañías y el deterioro de las “ciudades petróleo” da lugar a movimientos de poblaciones que se diferencian por su forma y contenidos de otras migraciones estudiadas en nuestro país por demógrafos y sociólogos. ¿Dónde están ahora los centenares de trabajadores petroleros despedidos de las compañías? ¿Dónde los pobladores de las ciudades petroleras? ¿Hacia qué partes del territorio nacional se dirigen masivamente las poblaciones que se concentraron en Cabimas, Lagunillas, El Tigre y otras ciudades petroleras?

Sus movimientos no son planificados; carecen de disciplina y coordinación. Grupos de esas poblaciones invaden zonas urbanas y rurales y son portadores, sin proponérselo, de la cultura del petróleo, que se opone a los procesos de integración de nuestras culturas y a la conquista de la independencia económica de la nación.

Los movimientos de esos grupos humanos están signados por la frustración y la derrota, sin perspectivas. Estrujados por la incertidumbre, con estilos de vida que dificultan su integración en nuevos ambientes culturales. El éxodo de los expetroleros introduce en la dinámica nacional formas de vida que provocan conflictos y engendran situaciones de ansiedad que marginan buen número de personas. Entre el derrumbe de las “ciudades petróleo”, el crecimiento de la población desocupada y el aumento de la delincuencia existe una relación íntima.

Un estudioso de la antropología cultural encuentra y puede definir en la Venezuela de nuestros días elementos de culturas diferenciadas: a) propios de civilizaciones americanas primitivas; b) comunes a las civilizaciones del área geográfica latinoamericana; c) propiamente nacional; d) propia de la cultura del petróleo. Todos expresados: 1) en elementos materiales (instrumentos de trabajo, viviendas, indumentaria); 2) técnicas para escribir, danzar, tocar música, tomar alimentos, divertirse; 3) elementos simbólicos (lengua, música, pintura); 4) creencias, conocimientos, teorías y métodos para explicarlas cosas; 5) estructuras, instituciones, costumbres; 6) valores sociales, moralidad, lealtad, patriotismo, solidaridad. La cultura del petróleo ha dividido en épocas la historia nacional moderna: a) la época prepetrolera; b) la época de la cultura del petróleo.

Entre los rasgos de la primera puede señalarse un pausado progreso tecnológico; ausencia de progreso social; falta de cambios económicos, sociales y culturales de importancia. A la segunda época corresponde un progreso técnico acelerado; pausado progreso social; desintegración de las culturas criollas; frecuentes tensiones y conflictos. La cultura del petróleo, creadora y destructora de los campamentos y las “ciudades petróleo”, surge y domina en países subdesarrollados como el nuestro. Es un complejo dinámico contrario al progreso nacional. De ahí la conveniencia y la necesidad de su desintegración, de su eliminación como sistema, como estilo de vida de los venezolanos.

Referencias citadas

- Croce, Benedetto. 1941. *La historia como hazaña de la libertad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- El Nacional*. 1966. San Tomé, otro de los campos expuestos a morir, , 20 de junio.
- _____. 1966. El Tejero petrolero espera el colapso final, 18 de julio.
- _____. 1966a. Cerrará también Mene Grande, *El Nacional*. 6 de junio.
- _____. 1966b. Santa Rita, el más floreciente campo petrolero de Falcón, es hoy un potrero olvidado, *El Nacional*. 6 de junio.
- Grupo Shell. s.f. “Informe sobre las tierras que hoy comprenden los campos de Mene Grande y Bachaquero presentado en octubre de 2010 por el Ingeniero Civil Pedro José Rojas”. En: *Medio siglo de la industria petrolera de Venezuela*. Venezuela: Grupo Shell.
- Mendoza, José Luis. 1966. Una escuela, una capilla, un dispensario, mueren cada vez que se cierra un campamento petrolero. *El Nacional*, 5 de mayo.
- Redfield, Robert, Ralph Linton y Melville J. Herskovits. 1936. Memorandum for the Study of Acculturation. *American Anthropologist*. 38 (1): 149-152.